CARRACUCA



TRES ACTOS CÓMICOS, DE

LUIS FERNÁNDEZ DE SEVILLA

Cubierta

de

este

número:

Aurora Redondo

y

Valeriano León

en

una

escena

de

Carracuca

1808

CARRACUCA



LUIS FERNANDEZ DE SEVILLA

CARRACUCA

COMEDIA ASAINETADA, EN TRES ACTOS Y EPILOGO, EN PROSA,

ORIGINAL

Estrenada en el Teatro Victoria, de Madrid, el día 3 de Febrero de 1932.

DIBUJOS DE
GUTIERREZ NAVAS



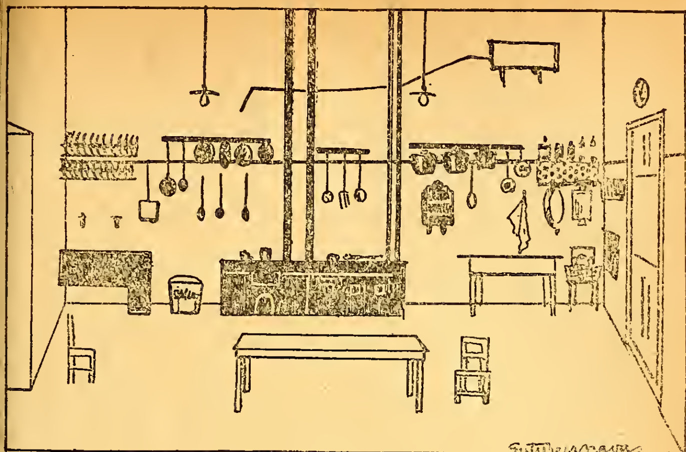
LA FARSA

AÑO VI | 12 DE MARZO DE 1932 | NÚM. 235
MADRID

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Julia	Aurora Redondo.
Tomasa	Rafaela Rodríguez.
Rosario	Angelita Palencia.
Carracuca	Valeriano León.
El Señorito	Manuel Luna.
El Intérprete	José Alfayate.
Amalio	José Vázquez.
Señor Ulogio	Santos Asensio.
El Académico	José M. Navarro.
El Chirlo	Pedro Montesinos.
Caradura	Antonio Estrada.
Un Sereno	Santos Asensio.
Un Policía	José M. Navarro.
Fiscal	Federico Gorriz.
Defensor	José Porres.
Presidente	Julio Costa.
Un Ujier	Luis Cuesta.
El Grumete	N. N.

La acción en Madrid, en nuestros días.



ACTO PRIMERO

Cocina burguesa del barrio de Salamanca. Dos puertas a la derecha: la de primer término comunica con la casa; la otra corresponde a la despensa. A la izquierda, puerta de servicio. Fogón, que ocupa casi todo el fondo. Un timbre, un reloj, sillas, utensilios. Son las diez de la mañana. La cocina está sola.

ROSARIO.—(*Por la derecha, un poco agitada.*) ¡Tomasa! No ha vuelto. Veremos si yo doy con la tila. ¡Dichosos nervios y dichosa ama de cría! (*Busca en los cajoncitos de un pequeño estante.*) Canela... Pimienta... Nuez moscada... Como no encuentre la tila le hago una taza de canela, así le sabrá al chico la teta a arroz con leche.

JULIA.—(*Por la derecha.*) La señora que se dé usted prisa, Tomasa.

ROSARIO.—Sigue en la compra, hija mía.

JULIA.—¡Qué mujer, se le va la mañana en la plaza! Debe regatear hasta el perejil.

ROSARIO.—¡Que te crees tú! Lo que la pasa es que tiene su cachito de entretenimiento.

JULIA.—Calla, habladora.

ROSARIO.—Sí, sí. Ayúdame a buscar la tila.

JULIA.—La tienes delante de los ojos.

ROSARIO.—Ese es el laurel.

JULIA.—¡Ah, bueno! Como no tengo costumbre de ponerme nerviosa... (*Suena una llave en la cerradura de la puerta izquierda y asoma de espaldas y cargada con una gran cesta, de la que rebosan los géneros, TOMASA, la cocinera.*)

ROSARIO.—¡Ya está aquí!

TOMASA.—(*Hablando con alguien que se habrá quedado en la escalera.*) Bueno, sí; más tarde. Adiós, adiós. (*Mimosa.*) Cachopolito. (*Le tira un beso.*)

JULIA.—¡Eh!

ROSARIO.—¡Ahí tienes!

JULIA.—¿Cachopolito?

TOMASA.—(*Dando frente a sus compañeras y cerrando la puerta.*) ¿Qué buscáis vosotras aquí?

JULIA.—Tila, cuando la encontremos.

TOMASA.—¿Pero no habéis dao con ella? ¡Vaya un par de listas!

ROSARIO.—Hija, yo entiendo de mi distrito na más.

TOMASA.—¿Dónde la habéis buscao?

JULIA.—(*Con segunda.*) Ahí, en... *el cachopolito.* (*Ríen las dos.*)

TOMASA.—¡Qué saladas! Si no hubierais estao aquí no hubierais oído lo que no os importa. (*Suena el timbre.*)

JULIA.—Vamos, que esa mujer se va a desbaratar con el ataque nervioso.

TOMASA.—El ama, ¿verdad?

ROSARIO.—La misma.

TOMASA.—Otro regalito que irá buscando. (*Suena otra vez el timbre.*)

ROSARIO.—Voy a decir que ya va. (*Mutis derecha.*)

TOMASA.—(*Mirando en un bote.*) Pues me se ha acabao la tila.

JULIA.—¡Pero, mujer!

TOMASA.—¿Y qué le hago, si me ha consumido un paquete de kilo en quince días? Pero no importa, verás. Habiendo agua caliente... Arrima esa taza. (*La llena de agua de una olla.*) Ea: échale azúcar y que se la tome.

JULIA.—¿Agua sola?

TOMASA.—Cuando se tiene un ataque de nervios está una en la obligación de no enterarse de nada.

JULIA.—Pero la señora va a notarlo. Esto no tiene color.

TOMASA.—Le dices que es tila rusa. Anda, verás qué bien la sienta.

JULIA.—Sí; a lo mejor se le calma con esto. (*Se va por la derecha.*)

TOMASA.—Ya le daría yo tila con una vara. (*Llaman a la puerta de la izquierda.*) El carbonero. (*Abre.*)

AMALIO.—(*Entrando.*) ¿Te queda un poco de café, Tomasa?

TOMASA.—Pues no es el carbonero, que es el gasolinero. Voy a ver si quedan zurrapas.

AMALIO.—No, esas pa ti, que todavía me sobran a mi dos reales para tomar un tupi como Dios manda.

TOMASA.—Ya sé, hombre, ya sé que este mes andas bien de capital. ¡Menuda! Tres reposiciones del auto.

AMALIO.—Na más que eso.

TOMASA.—Si no hay dinero más sonao que el tuyo.

AMALIO.—¿Cómo?

TOMASA.—Ca vez que te estalla un *numático* te suben las acciones.

AMALIO.—En cambio a ti no hay quien te sepa las sisas.

TOMASA.—Bueno, ¿quies el café?

AMALIO.—Ya se me han pasao las ganas.

TOMASA.—Como que el café que te trae a ti a estas horas sé yo cuál es.

AMALIO.—¡Qué penetración!

TOMASA.—Ten paciencia, que ahora vendrá. Anda, ayúdame a picar la cebolla pa que te vea con los ojos al graten y se conmueva.

AMALIO.—¿Pero, tú te crees que yo estoy tan chiflao por ésa como tú por tu maniquí?

TOMASA.—¡Ah! ¿Me has visto?

AMALIO.—Camino de la plaza, amartelá que crujía el canasto.

TOMASA.—(*Sacando la compra de la cesta.*) ¿Y qué te parece el hombre?

AMALIO.—Demasiao fino pa ti.

TOMASA.—¿Es que no merezco yo un señorito?

AMALIO.—Y dos.

TOMASA.—Sin cáscara, tú, que te doy con un besugo en las narices.

AMALIO.—¿Qué es el pollo?

TOMASA.—Viajante de una casa de modas.

AMALIO.—Pues a ver si te busca la *tela.*

TOMASA.—¡Sí, sí! Lo tengo que se enternece en cuanto le miro.

AMALIO.—¿Es huérfano de madre?

TOMASA.—¡Amalio, que te voy a prohibir la entrada en la cocina!

JULIA.—(*Por la derecha, con la taza que se llevó.*) En cuanto la tomó se le pasaron los nervios.

TOMASA.—¿Ves tú?

AMALIO.—Buenos días, Julita. No quieres saludar a nadie.

JULIA.—Buenos días, Amalio. El señor preguntaba hace un momento por ti.

AMALIO.—Que se espere el señor, que ahora estoy yo muy ocupao.

JULIA.—¿Estás guisando, quizás?

AMALIO.—Recreándome en esos ojitos que me tienen muerto.

TOMASA.—(*Canturreando al par que trajina.*)

Tus ojos furbolistas
juegan conmigo.

JULIA.—Vaya, adiós que no puedo entretenerme.

AMALIO.—(*Brusco y bajando el tono.*) Escucha. ¿Pero es que te vas a pasar la vida burlándote de mí?

JULIA.—¿Es burlarme el que te haya dicho que no quiero novio? Y chófer menos.

AMALIO.—¿Pues qué nos pasa a los chófers, hija mía?

JULIA.—Que estáis muy acostumbraos a correr, y a mí me gusta el cariño tranquilo.

AMALIO.—Pues te vas a decidir por este chófer o...

JULIA.—¿Me amenazas?

TOMASA.—Oye, tú; que tengo yo aquí unos cuchillos que cortan la digestión.

AMALIO.—¿Pero no ves que se burla? ¡Maldita sea! A mí no me toma el pelo ninguna mujer. (*Marchando derecha.*) Ya hablaremos, Julia.

JULIA.—¿Tú has visto una cosa igual? ¡Será bruto!

TOMASA.—¡Como que lo multan todos los días porque se cree que lleva la derecha y va por la izquierda! (*Suenan unos golpecitos en la puerta de servicio.*) Cállate; no contestes, que en el modo de llamar sé quién es. (*Nuevos golpes.*)

JULIA.—Tu sobrino, ¿verdad?

TOMASA.—Ese vagazo. ¡Menudo frescales está! Se ha pensao que yo trabajo pa él.

JULIA.—¡Pobre hombre! Si es que no tiene suerte en nada.

TOMASA.—Baja la voz.

CARRACUCA.—(*Desde fuera.*) Tía Tomasa, abra usted, que la estoy viendo.

TOMASA.—¿Será ladrón?

JULIA.—Vamos, déjale que entre. (*Se dirige a abrir.*)

TOMASA.—Mujer, que ha cogido la costumbre de venir toos los días, y si se entera la señora...

JULIA.—No se entera. Ya sabes que la señora no asoma por aquí aunque se queme la cocina. (*Abre.*)

CARRACUCA.—Muchas gracias, Julita.

TOMASA.—¿Por dónde me veías?

CARRACUCA.—Por el montante. Que me figuraba que no quería usted abrir. ¡Con la alegría que traigo encima hoy!

JULIA.—¿Se ha colocao usted ya?

CARRACUCA.—No.

TOMASA.—¿Entonces, por qué es esa alegría?

CARRACUCA.—¡Anda, porque me ha abierto usted!

TOMASA.—¡Qué te parece! ¿Es frescales?

CARRACUCA.—No señora; lo que pasa es que no me gusta tomar la vida en serio.

TOMASA.—¿Dónde has dormido esta noche?

CARRACUCA.—En la posá el árbol.

TOMASA.—¿Y dónde está eso?

CARRACUCA.—En la Castellana.

TOMASA.—¡Vamos!...

JULIA.—¿Pero no le dió mi señor una tarjeta para que se colocara en una obra?

CARRACUCA.—Sí; pero no me he podío colocar, porque es una obra sin azotea.

JULIA.—¿Y qué?

CARRACUCA.—Que yo soy azoteísta.

TOMASA.—Tú lo que eres es más flojo que el miraguano.

CARRACUCA.—Bueuo, no me riña usted, que no he desayunao en todavía.

JULIA.—¿Es posible?

CARRACUCA.—Desde ayer a las cuatro. Pero es por higiene; que me sentía pesao el estómago.

TOMASA.—¿Pesao de qué?

CARRACUCA.—¿De qué va a ser? De que uo le echo na y se pone pesao. (*Sucna dos veces el timbre.*)

JULIA.—(*A Tomasa.*) Eso es a ti.

TOMASA.—(*A Carracuca.*) Anda, lárgate, que hoy no hay desayuno. ¿Entiendes? No me comprometas. Lárgate. (*Mutis dereclia.*)

CARRACUCA.—¿Qué no hay?... Bueno, se porta algunas veces que me dau ganas de llamarla por el pareutesco.

JULIA.—(*En voz baja.*) Espere, Carracuca, que sí hay desayuno. (*Se dirige hacia el fogón y comienza a prepararlo.*)

CARRACUCA.—No, no, Julia. Si yo no teugo ganas; si era por oírla.

JULIA.—Vamos, calle. ¿Va usted a tener cortedad conmigo? Si se le conoce en la cara que tiene usted hambre.

CARRACUCA.—¡Mire usted qué cochina cara!

JULIA.—(*En sus preparativos.*) Así; más leche que café, pan, manteca...

CARRACUCA.—No me ponga usted azúcar, que no quiero serle gravoso a la señora.

JULIA.—(*Poniendo el desayuno en la mesa.*) Ande, que se enfría.

CARRACUCA.—(*Enternecido.*) Julia, es usted muy buena.

JULIA.—Convidando con lo que no es mío. ¿Verdad?

CARRACUCA.—¿Qué más da? Usté ayuda como puede, y eso es de buen corazón.

JULIA.—Vamos, siéntese.

CARRACUCA.—(*Tras mirar con recelo a la derecha.*) Antes..., antes, adm.tame usté esto; esto que no es na, pero que... (*Saca de donde le parezca un ramito de violetas.*)

JULIA.—¡Violetas! Vamos, Carracuca, ¿para qué gasta usted el dinero en estas cosas?

CARRACUCA.—No, si le advierto que no he agotao la cuenta corriente. Las vendían a diecito, pero a mí me han rebajao el cincuenta por ciento, como soy vecino de la florista... (*Se sienta a desayunar.*)

JULIA.—¡Ah, vamos!

CARRACUCA.—Sí, los dos vivimos en la acera Gobernación.

JULIA.—Pero, vamos a ver; con franqueza, ¿por qué no se coloca usted?

CARRACUCA.—Porque no encuentro. Digo, ¡como no me coloque de blanco en un pim pam pum!... Usté no se ha dao cuenta de la mala suerte que a mí me *favorece*, Yo voy a pedir trabajo a una obra y aquel día ponen la bandera. Me se ocurre vender el "Heraldo", y la policía recoge la tirada. Me dan una comisión de gomas para los paraguas, y tres meses sin llover. ¿Qué quié usté que haga? Cura no pueo ser y de guardia de asalto no me quieren.

JULIA.—¡Vaya por Dios!

CARRACUCA.—En fin, no nos pongamos tristes. Carracuca es desgraciao, pero alegre. Dígame usted cómo puedo pagarla lo que hace por mí. ¿Quiere usté que le ayude a vestir a la señorita?

JULIA.—(*Riendo.*) ¡Qué ocurrencia!

CARRACUCA.—(*Repentinamente, tomándole la mano y poniendo el alma en sus palabras.*) ¡Julia!

JULIA.—(*Asustada.*) ¿Qué pasa?

CARRACUCA.—Si se le acercara un hombre bueno, queriéndola mucho, que pudiera sacarla de aquí para tenerla en su casa como una reina, ¿se casaría usté con él? Contésteme usté como si hablara con Dios.

JULIA.—Pues mire usté, Dios mío...

CARRACUCA.—En serio, Julia, en serio.

JULIA.—¿Dónde está ese hombre?

CARRACUCA.—Yo se lo presentaré a usted algún día.

JULIA.—Pues si es como usté lo pinta, ése puede ser mi marido. Si no se tarda mucho, ¿eh?

CARRACUCA.—Gracias.

JULIA.—¡Pero, qué salidas tiene usté, Carracuca!

CARRACUCA.—Felipe. Desde ahora llámeme usté por mi nombre. Es un favor que la pido.

AMALIO.—(*Por la derecha.*) ¡Dita sea! (*Trae tres platos envueltos en papel de seda.*) ¡Está más chiflao!...

JULIA.—¿Quién?

AMALIO.—El señor, hombre.

JULIA.—Neurasténico se dice.

CARRACUCA.—Pa disimular: un chiflao con dinero es un *nurasténico*, un pobre con *nurastenia* es un chiflao.

AMALIO.—¡Hola, calamidad!

CARRACUCA.—Hola, compañero.

AMALIO.—¿Has pegao la gorra?

CARRACUCA.—Estoy estudiando pa chófer.

AMALIO.—¡Eh!

JULIA.—Vamos. ¿Qué traes ahí?

AMALIO.—Que me ha dado el amo un encarguito propio de cocinera: que lleve a pegar tres platos, que rajaos y to valen dos mil pesetas ca uno.

CARRACUCA.—¿De qué están llenos?

AMALIO.—Dice que son de la fábrica loza el Retiro. ¡Si estará loco! ¿Tú has visto platos en el Retiro?

CARRACUCA.—Hombre, platos, no; pero fuentes, sí.

AMALIO.—Tú, ¡que no está la cosa pa bromas! Con lo distraído que yo soy, me se rompe un plato de éstos y me cuesta la casa Estos encargos no son de chófer, hombre.

JULIA.—Sosiégate.

AMALIO.—(*Reparando en el ramo de violetas que Julia se ha puesto en el pecho.*) ¿Florecitas?

JULIA.—Sí.

AMALIO.—(*Está próximo a la mesa; deja en ella el envoltorio y se lleva a Julia de la mano a unos metros de Carracuca.*) ¿De quién?

JULIA.—¿A ti qué te importa?

AMALIO.—¿De quién?, te digo. (*Le aprieta la mano.*)

JULIA.—¡Suelta!

AMALIO.—Tú no te pones más flores que las que te compre yo. (*Le quita el ramo y lo tira.*)

JULIA.—¿Qué haces?

CARRACUCA.—(*Cogiendo el envoltorio y amenazando a Amalio.*) ¡Coge esas flores!

AMALIO.—¿Cómo?

CARRACUCA.—¡Coge esas flores pa Julia, o te doy con seis mil pesetas en el perchero!

AMALIO.—¡Quieto, no tires eso, animal! (*Cogiendo las flores y entregándoselas a Julia.*) Suelta los platos.

CARRACUCA.—Ahora sí.

AMALIO.—(*Recobrándolos.*) Pues ahora vamos a hablar tú y yo.

TOMASA.—(*Por la derecha.*) ¿De qué?

AMALIO.—De que le voy a cortar el pescuezo a tu sobrino.

JULIA.—¡Amalio!

TOMASA.—Aquí no corta pescuezos nadie más que yo.

AMALIO.—¡Por éstas que le mato!

CARRACUCA.—No pienso ir en tu coche.

AMALIO.—En la calle te espero. ¡Ay, como no salgas! (*Se va furioso por la puerta de servicio.*)

CARRACUCA.—Ahora voy.

JULIA.—No salga usté.

CARRACUCA.—¿Yo? (*Sentándose.*) ¡Que me traigan las zapatillas!

JULIA.—¡Dios mío, Dios mío! Qué nerviosa me he puesto. (*Inicia mutis derecha.*)

TOMASA.—¿Quieres tila rusa?

CARRACUCA.—Dispénseme usted, Julia, yo he tenido la culpa.

JULIA.—Usté se ha portao como un hombre. (*Mutis.*)

CARRACUCA.—¡Olé!

TOMASA.—(*Cogiéndolo amenazadora por el cuello de la americana y zarandeándolo.*) ¡Pero ven acá, so... epidemia! ¿Es que te crees que yo voy a perder la casa por tu culpa?

CARRACUCA.—Tía Tomasa, no me tire usté de la americana, que se deforma.

TOMASA.—No te planto ahora en la calle porque te está esperando ése. Pero, óyelo bien, esta es la última vez que entras por esa puerta.

CARRACUCA.—Bueno, vendré por la otra.

TOMASA.—No me tomes el pelo, que te meto la cabeza en el fogón.

CARRACUCA.—Vamos, no se ponga usté así.

TOMASA.—¡Pero, Dios mío, tanta gente que se tira por el viaducto! ¿Por qué no te dará a ti esa idea?

CARRACUCA.—Si me da, pero luego se me quita.

TOMASA.—Vergüenza podías tener de vivir al salto, como los gorriones. (*Mirando al reloj de la cocina.*) ¡Digo, la hora que es y lo atrasao que lo tengo to por culpa de este mamarracho! Ven acá. Lávate esas manos y pícame estos tomates. ¿Sabes picar tomates?

CARRACUCA.—Como un grillo.

TOMASA.—¡Si la señora me dejara tener pinche!...

CARRACUCA.—Yo pincho más alto. Esto lo hago por usté, pero na más.

TOMASA.—¡Habráse visto! A ver si *te se* pierde el solitario.

CARRACUCA.—Que tengo dignidad.

TOMASA.—Bueno, ponte algo no te se manche la *diznidad.*

CARRACUCA.—No hace falta.

TOMASA.—Ponte esto, hombre. (*Le alarga un delantal de peto.*)

CARRACUCA.—¡Tía Tomasa, que esto es de pincha!

TOMASA.—¿Quién te va a ver aquí? Póntelo.

CARRACUCA.—(*Mirándolo.*) Que me va a faltar tripa pa llenarlo.

TOMASA.—Trae acá. (*Se lo pone.*)

CARRACUCA.—Pero tía..., ¿pero usté no comprende que si entra ahora el chófer me va a llamar fogonera? ¿Y si viene Julia?... ¡Quíteme usté esto!

TOMASA.—Que te echo a patás, ¿eh?

CARRACUCA.—¿Por qué no será miércoles de ceniza? (*Llaman a la puerta de la izquierda.*)

TOMASA.—¿Eh?

CARRACUCA.—¡Ay, mi madre! Ese se ha cansado de esperarme.

TOMASA.—No, si cuando yo te digo que tú me vas a traer un disgusto... (*Vuelven a llamar.*)

CARRACUCA.—¿Cuál es el cuchillo más grande que tiene usté aquí?

TOMASA.—Déjame sola, que yo lo arreglo en seguida. (*Coge una sartén.*)

CARRACUCA.—¡Pues a mí no me pesca desprevenido! (*Coge un cuchillo en cada mano.*)

TOMASA.—¡Suelta eso!

CARRACUCA.—Tía que... (*Vuelven a llamar.*)

TOMASA.—Que sueltes eso te digo... Aquí no manda nadie más que yo.

CARRACUCA.—(*Obedeciendo.*) Bueno, bueno, usté tiene la sartén por el mango.

TOMASA.—Me basto y me sobro pa arreglar cuestiones. (*Se dirige a abrir.*)

CARRACUCA.—Déjeme usté siquiera coger las tenazas, que son pa atizar.

TOMASA.—¡Calla! (*Abre la puerta enarbolando una sartén.*)

EL SEÑORITO.—(*Bien vestido, pero achulado. Entrando.*) ¡Vaya, mujer, sí que me recibes con bombo y platillos!

TOMASA.—¡Fernando! ¿Quién se iba a figurar? Como quedaste en venir más tarde...

EL SEÑORITO.—Tenía prisa por conocer tus dominios y por verte, más que nada, morena.

TOMASA.—¡Cuánto siento que me cojas sin arreglar!

EL SEÑORITO.—Tú estás guapa de cualquier modo.

TOMASA.—(*Mimosa.*) ¡Nene!

CARRACUCA.—(*Aparte.*) (¿Pero quién será este nene?)

TOMASA.—(*A Carracuca.*) Anda, sigue con los tomates, que hay prisa.

EL SEÑORITO.—Chica, me ha costado un triunfo que me dejara

subir el portero por esta escalera, se empeñaba en ponerme el ascensor.

TOMASA.—¡Si es que eres tan elegante!... ¡Siéntate, que te voy a hacer un ponche pa que veas qué manos tiene tu chacha!

CARRACUCA.—(*Aparte.*) (¡Ay, mi tía chacha!)

EL SEÑORITO.—(*Examinándolo todo.*) Debe ser grande la casa, ¿verdad?

TOMASA.—(*Haciendo el ponche.*) Muy grande.

EL SEÑORITO.—(*Mirando por la puerta de la derecha.*) Oye, ¿aquella habitación de lo último del pasillo, qué es?

TOMASA.—El dormitorio de los señores.

EL SEÑORITO.—¿Y la puerta de la derecha?

TOMASA.—El despacho.

EL SEÑORITO.—Sí que debe ser grande esta casa.

CARRACUCA.—Ya están los tomates.

TOMASA.—Pues *has* lo mismo con las cebollas.

CARRACUCA.—Pa eso me dará usté unas gafas, ¿no?

TOMASA.—Pica con los ojos cerraos.

CARRACUCA.—Voy a picar junto al rabo.

TOMASA.—(*Al Señorito.*) Este es sobrino mío, ¿sabes? Sino que hoy le tengo aquí de pinche de ocasión. El hombre está de más..., a ver si tú, que tienes buenas relaciones, puedes colocarlo.

EL SEÑORITO.—Pudiera. ¿Qué sabe usté hacer?

CARRACUCA.—Picar cebollas.

TOMASA.—¡Que se trata de colocarte, animal! (*Al Señorito.*) Siempre tiene este humor, no sé cómo le quedan ganas, con lo desgraciao que es. Ya ves, le llaman Carracuca...

EL SEÑORITO.—Ese creo que fué uno que se cayó de espaldas...

CARRACUCA.—Y se rompió la nariz, sí, señor. Yo la tengo algo desfigurá y no de una caída, sino de una torta con repetición por meterme en política.

EL SEÑORITO.—¿Cómo fué eso?

CARRACUCA.—¡Suerte que tie uno! El doce de abril había yo bebido unas copas y me entraron ganas en medio de la ca Alcalá de dar un viva a la República, no había acabao de cerrar la boca cuando, ¡zas!, uno del casco que me sacude con guante y to; me coge por el cuello y a un calabozo a *dirigir* la merluza. Me tienen tres días allí, y cuando me sueltan, el quince por la mañana, me se ocurre a mí en la misma puerta de la *comi*, por congraciarme con los guardias, el dar un viva al rey. Le doy y me dan otra como la otra y me vuelven a encerrar. ¡Había venido la República!

EL SEÑORITO.—Pero, hombre, ¿cómo no lo sabía usté?

CARRACUCA.—¡Ay, qué gracioso! ¿Usté se cree que a los que duermen la mona les leen la Prensa?

EL SEÑORITO.—¿Y luego?...

CARRACUCA.—¿Luego? Luego me han echao de una boda por no querer decir vivan los novios.

TOMASA.—Pero ni por esas te espabilas.

CARRACUCA.—¿Yo? ¿Pa qué? Ya me espabilan bastante.

TOMASA.—(*Que ha terminado el ponche, ofreciéndoselo.*) Toma, verás canela.

CARRACUCA.—¡Mi madre, qué ponche pa un desesperao!

EL SEÑORITO.—Me coges sin gana, pero lo probaré por no despreciarte. (*Toma un sorbo.*) Sí que es de maestra de cocineras. (*Deja el vaso sobre la mesa. Carracuca se va aproximando con disimulo, y cuando lo va a coger, Tomasa se anticipa y se lo bebe.*)

TOMASA.—De estos me salen pocos.

EL SEÑORITO.—(*Amoroso.*) Ya sé que me voy a llevar una alhaja.

TOMASA.—¿Pero es posible? ¿Es posible que yo le haya echao el guante a un señorito tan fino y tan guapo? ¿Yo? ¡Una cocinera!

EL SEÑORITO.—Una mujer de peso, que es lo que yo buscaba, formal, hacendosa...

EL INTERPRETE.—(*Entreabriendo la puerta de servicio.*) ¿Da usted su licencia? (*Habla con marcado acento alemán.*)

TOMASA.—¿Eh?

EL INTERPRETE.—Ocasión colosal de comprar barato.

TOMASA.—No. señor. (*Se dispone a cerrar.*)

EL INTERPRETE.—(*Metiendo la cabeza.*) Telas que no han pagado aduanas. Vendo en secreto. La jefa de cocina de arriba me ha comprado tres vestidos.

CARRACUCA.—Tía, esa sisa más que usté.

TOMASA.—¿La Fermina? Ya será menos.

EL SEÑORITO.—Anímate. A esta gente conviene escucharla.

EL INTERPRETE.—¿Da usted su licencia?

TOMASA.—Pase, hombre. A ver qué engaño es ese.

EL INTERPRETE.—(*Entrando.*) Buenos días. (*Tipo de marino mercante alemán. Le sigue, cargado con un fardo de telas, otro tipo semejante, pero más joven, que se detiene en la puerta con la carga al hombro.*) ¡Grumete! ¡De frente! ¡March! ¡Alto! ¡Al! ¡Descarguen! ¡Fard! (*El grumete ejecuta con toda exactitud las voces de mando.*)

CARRACUCA.—¡Digo! ¿Pero es que viene usté aquí a hacer la instrucción?

EL INTERPRETE.—Caballero... Es la disciplina de a bordo.

CARRACUCA.—Pues eso, a la calle el Barco.

EL INTERPRETE.—Soy sobrecargo de un velero alemán (*Bajando la voz*) y traigo telas de contrabando. Pero, por Dios, señora, no diga...

CARRACUCA.—Esté usté tranquilo. Aquí no nos tratamos con Alemania.

TOMASA.—Entonces... ¿Usté no es español, verdaz?

EL INTERPRETE.—No, señora; este y yo somos germanos.

CARRACUCA.—Pues no se parecen.

TOMASA.—Bueno. Vamos a ver. ¿Qué trae ustez aquí?

EL SEÑORITO.—Pero sin dar el camelo, ¿eh? Que aquí entendemos de estas cosas.

EL INTERPRETE.—Traigo un género inglés colosal, fabricado en Berlín. (*Al grumete.*) ¡Agachen! ¡Far! ¡Desaten! ¡Far!

CARRACUCA.—¡Mi madre! Parece el káiser vendiendo telas.

TOMASA.—¿Tiene ustez género pa camisas?

EL INTERPRETE.—¿Blancas?

TOMASA.—¡Naturalmente! A ver si cree ustez que yo gasto las camisas de color, como cualquier pelona.

CARRACUCA.—Mi tía las usa con mangas; es una mujer seria.

TOMASA.—(*Al Señorito.*) Hay que irse equipando pa la boda, pocholo.

EL INTERPRETE.—(*Mostrando una pieza de tela blanca.*) Vea; veinte metros alemanes, más largos que los ingleses. Vea la clase. ¡Fuerte, fuerte!

TOMASA.—¿Y ahí hay veinte metros?

EL INTERPRETE.—¡Grumete! ¡Sostengan! ¡Pieza! ¡Deslíen! ¡Pieza! (*Le entrega ésta al grumete y, tomando el extremo de la tela, desaparece tirando de ella y andando para atrás por la primera derecha.*)

TOMASA.—¡Oiga!

CARRACUCA.—¡Tía, que se mete en la alcoba de los señores! ¡Que eso tie más de veinte metros!

EL SEÑORITO.—Basta, ya está visto.

CARRACUCA.—(*Al grumete.*) ¡Líen! ¡Pieza!

EL INTERPRETE.—(*Por donde se fué.*) ¿Queda convencida la señora?

TOMASA.—Sí, hombre, sí; no era menester tanto.

EL INTERPRETE.—(*Bajo y con gran disimulo al Señorito.*) Documentao.

TOMASA.—¿Qué vale?

EL INTERPRETE.—Cuarenta marcos. (*Tomasa mira a su sobrino, consultándole.*)

CARRACUCA.—Retrátese usté.

TOMASA.—Dígame lo último.

EL SEÑORITO.—Treinta; no le des más.

EL INTERPRETE.—¡Oh! ¡Sólo traerla de Alemania aquí!... En fin, pierdo el viaje.

TOMASA.—(*Bajo al Señorito.*) Esto lo han robao. (*Alto.*) Voy por el dinero. (*Entra segunda derecha*)

EL INTERPRETE.—(*A Carracuca.*) Caballero, voy a enseñarle un corte de traje.

CARRACUCA.—No, no se moleste; conmigo se mellan tos los cortes.

EL SEÑORITO.—Sí, con éste pierde usté el tiempo.

EL INTERPRETE.—Lo más elegante de Berlín.

CARRACUCA.—No me gusta. Yo me visto en Francia. (*Mientras hablan Carracuca y el Intérprete, el grumete coge la pieza de tela que compró Tomasa, y que ha quedado sobre una silla, y la cambia por otra pieza.*)

TOMASA.—(*Por donde se fué.*) Tome. (*Da al Intérprete las treinta pesetas.*)

EL INTERPRETE.—¿Manda algo más? A sus órdenes. ¡Grumete! ¡Sobre el hombro! ¡Far! ¡Media vuelta! ¡Mar! ¡De frente! ¡Mar! (*Hacen mutis por donde vinieron.*)

CARRACUCA.—Pásese usté por el Ministerio de la Guerra, que hará negocio.

TOMASA.—¡Lo han robao, no tiene más remedio!

EL SEÑORITO.—Es fácil.

TOMASA.—¡Si es un hilo riquísimo!

CARRACUCA.—¡Y larguísimo!

TOMASA.—Como que de aquí me salen a mí lo menos... (*Coge la pieza y al desenrollarla cae al suelo la tabla forrada con una almohadilla y se queda en la mano con una cuarta de tela.*) ¿Eh?

EL SEÑORITO.—¡Atiza!

CARRACUCA.—Lo menos le salen a usté dos pañuelos.

TOMASA.—¡Ah, ladrones!

CARRACUCA.—(*Al Señorito.*) Corra usté, hombre, que yo no puedo salir de cocinera..

EL SEÑORITO.—(*Saliendo disparado por la puerta de servicio.*) Los cojo antes de que doblen la esquina.

TOMASA.—¡Ay. qué disgusto!

CARRACUCA.—Sí, ya decía yo que estos marinos me parecían del Manzanares,

TOMASA.—¿Y si tú decías eso, por qué no me has avisao, idiota?

CARRACUCA.—Hombre... porque...

TOMASA.—Si no sirves pa nada; si eres la deshonra de la familia... ¡Mia que dejarte engañar así! ¡Treinta pesetas de mi sangre!... (*Dándole varios guantazos.*) ¡Atontao! ¡Memo! ¡Inútil!

CARRACUCA.—¡Tía, que yo no soy el de Alemania!

TOMASA.—(*Mostrándole la tabla almohadillada.*) ¿Me quies decir qué hago yo con esto?

CARRACUCA.—Pue usté hacerse un acerico.

TOMASA.—¡Que te doy con la tabla en la cabeza!

CARRACUCA.—(*Mimándola.*) Vaya; no se ponga usté así. tiita. (*Imitando al intérprete.*) ¡Desarruguen cejas! ¡Olviden timo!

TOMASA.—(*Viendo entrar al Señorito por donde se fué.*) ¿Qué?

EL SEÑORITO.—Parece que se los ha tragao la tierra.

CARRACUCA.—Claro; al salir de aquí ha mandao paso ligero.

TOMASA.—¡Ay, como yo me los llegue a tropezar!

EL SEÑORITO.—Vaya, no hay que acordarse más de eso. Ya sabemos a dónde van treinta pesetas. ¿Las quieres?

TOMASA.—¡Qué cosas tienes, hombre! Treinta pesetas me las gasto yo en cacahués,

CARRACUCA.—Eso es un negocio.

VOZ DE JULIA.—(*Por la derecha.*) Tomasa.

CARRACUCA.—¡Ay, mi madre, la Julia! (*A Tomasa.*) Quíteme usté esto.

VOZ DE JULIA.—Tomasa.

TOMASA.—¿Qué? (*Al Señorito.*) Es la doncella.

CARRACUCA.—(*Que pugna por quitarse el imperdible con que su tía le sujetó el delantal, sin conseguirlo.*) Que me va a ver así, que...

JULIA.—Tomasa. (*Carracuca viendo lo inútil de su empeño, hace mutis por la despensa, a tiempo que JULIA entra por la derecha.*)

EL SEÑORITO.—Qué miedo le da a tu sobrino que le vean de fregona.

JULIA.—Oye, dice la señora... (*Repara en el Señorito y se detiene sorprendida.*) ¿Tú?

EL SEÑORITO.—(*Dominando un inconsciente gesto de sorpresa.*) ¿Dice usted?...

TOMASA.—¿Lo conoces?

JULIA.—No, que lo confudí con... Se parece mucho a un señorito que... Hay caras tan parecidas... Usted perdone.

EL SEÑORITO.—De nada, joven. No tengo que perdonarle nada.

TOMASA.—Es mi novio.

JULIA.—¡Ah! (*Sin saber qué decir.*) Por muchos años.

TOMASA.—No, mujer, por pocos, que no estoy pa relaciones largas. Bueno, ¿qué quiere la señora?

JULIA.—Que te llegues.

TOMASA.—También es oportuna. (*Al Señorito.*) Aguarda un momento, hombre, y perdona.

EL SEÑORITO.—De nada.

TOMASA.—(*Haciendo mutis derecha.*) ¡Cuándo será una cocinera y señora!

JULIA.—(*Tras de cerciorarse de que Tomasa se alejó, echándole los brazos al cuello al señorito.*) ¡Enrique, qué alegría!

EL SEÑORITO.—(*Mirando hacia la derecha.*) ¡Silencio! (*Aproxi-*

mándose a la despensa.) ¡Eh!, amigo, salga usté de ahí, que estará incómodo.

JULIA.—¡Ah!, ¿pero?...

CARRACUCA.—*(Asomando la cabeza.)* Como no me quite este imperdible de la espalda no salgo.

JULIA.—*(Bajo a Enrique.)* ¿Se habrá dado cuenta?

EL SEÑORITO.—*(Lo mismo.)* Es atontao. No te preocupes. *(Alto.)* Voy a echarle una mano. *(Entra en la despensa.)*

JULIA.—¡Dios mío, qué sorpresa! ¡El aquí!

CARRACUCA.—*(Saliendo con el Señorito.)* No era na. ¿Sabe usté, Julia? Que me encargó mi tía que le quitara el polvo a los jamones y estaba ahí entretenido cuando...

EL SEÑORITO.—Bueno, usté seguramente tendrá que hacer en la calle.

CARRACUCA.—No, señor. Todo lo de esta semana lo tengo ya hecho.

EL SEÑORITO.—*(En chulo.)* Sin embargo, a usté le conviene pasear un poquito.

CARRACUCA.—A mí, sí, pero a las botas no. *(Aparte.)* ¿Por qué querrá que me vaya?

EL SEÑORITO.—*(Abriendo la puerta de servicio.)* Vamos, actividad. Yo le diré a su tía que le han llamao del Ayuntamiento.

CARRACUCA.—No lo va a creer, porque nó han venido los maceros.

EL SEÑORITO.—*(Amenazador.)* Pero, ¿es que no te vas?

CARRACUCA.—Lo que usté diga, Julia.

JULIA.—Váyase usted.

CARRACUCA.—¿Cómo? Bueno. *(Aparte.)* Pero, ¿quién es este hombre? *(Alto.)* Si usté lo manda... Está bien. Adiós, Julia.

EL SEÑORITO.—Ande con Dios, hombre.

JULIA.—Adiós.

CARRACUCA.—*(Aparte, haciendo mutis.)* Yo no paso de la escalera, que si me está esperando el chófer, voy a echar la mañana.

JULIA.—*(Abrazándolo.)* ¿Cómo has podido olvidarte de mí? ¡Tanto tiempo sin vernos! ¿Es que ya no me quieres?

EL SEÑORITO.—Mucho, Julia. Te quiero tanto que no he querido que sufrieras por mi culpa. La última vez que nos vimos, ¿recuerdas?, juré que no volverías a saber de mí.

JULIA.—Y he sabido, a pesar de eso.

EL SEÑORITO.—¿Cómo?

JULIA.—Por los periódicos.

EL SEÑORITO.—No lo he podido evitar. Perdóname esa vergüenza.

JULIA.—He llorado mucho, más que por nada, porque no te veía, porque he vivido temiendo no volverte a ver como me juraste, pero no por tu juramento. Ya me entiendes, Enrique. ¿Por qué no

dejas esa vida? Todavía estás a tiempo. Hazlo por ti, si no lo quieres hacer por mi cariño.

El Señorito.—(*Acariciándola.*) ¡Pobre nena mía! Ya no es posible. Tan inclinada es esta pendiente que dado el primer paso hay que correr por ella. Resígnate como yo, es mi sino; ¡es la fatalidad!

Julia.—Entonces, si has venido aquí, si has hecho como que no me conocías es porque... (*Horrorizada.*) ¡Enrique, en esta casa, no!

El Señorito.—¡Calla!

Julia.—Estoy yo en ella; como el pan de esta familia; me quieren...

El Señorito.—¡Maldita casualidad! ¡Cómo iba yo a suponer que estabas aquí sirviendo!

Julia.—(*Suplicante.*) ¡Júrame que aquí no!

El Señorito.—No depende sólo de mí, hazte cargo. Yo no he de comprometerte. Tú no me conoces, tú no sabes nada.

Julia.—Sí, sí; lo sé y no puedo consentirlo.

El Señorito.—¿Y qué harás?

Jula.—Qué sé yo... Me vuelve loca pensarlo.

El Señorito.—¿Serás capaz de descubrirme?

Julia.—No, eso no. Pero tampoco lo otro. ¿Qué haría yo, Dios mío?

El Señorito.—Callar, Julia. Y si por cariño a mí no lo haces, callarás por la fuerza. (*Cogiéndole las manos y apretándoselas.*) Callarás, ¿entiendes?

Julia—Enrique. Me das miedo. ¿Qué hay en tus ojos que no lo he visto nunca? ¿Pero eres tú? ¿Pero eres tú? (*Cae llorando sobre una silla.*)

El Señorito.—Vaya, no llores. Piensa, que yo también tengo derecho a vivir.

Julia.—¡Déjame!

El Señorito.—Como quieras. Si te molesta verme, ya me voy; pero cuidado, Julia; he de volver, ¿sabes? Calma tus nervios. Imprudencias, no. (*Mutis izquierda.*)

Julia.—Enrique, por mí. ¡Ay, Virgen, ya no quiere a nadie! (*Llora, y al sentir los pasos de Tomasa reprime y disimula el llanto.*)

Tomasa.—(*Por la derecha.*) Na; pa una tontería, ¿no te lo dije? (*Mirando con asombro a todas partes.*) ¿Pero dónde está ese? (*Suponiendo que se ha escondido en la despensa, para darle una broma.*) ¡Ah, pillo! Sal de ahí, que si no estuviera aquí esta, te castigaba con un... (*Convenciéndose de su error.*) Pero tú, ¿dónde está ese?

Julia.—(*Que casi no se da cuenta de lo que pasa a su alrededor.*) ¡Ah! ¿Tu novio?

TOMASA.—No, que va a ser el portero.

JULIA.—Se fué.

TOMASA.—¿Que se ha ido?

JULIA.—Sí. Dijo que no podía aguardar más, y se fué.

TOMASA.—(*Aparte.*) ¡Ay, mi madre! (*Mirándola con recelo.*) Oye, ¿tú no conocías a Fernando antes?

JULIA.—¿Yo? ¿Por qué lo dices?

TOMASA.—No, na. Como tuviste así al pronto de verlo una pequeña sorpresa...

JULIA.—Que me confundí; ya lo sabes.

TOMASA.—Sí, sí. (*La sigue observando con escama.*)

JULIA.—¿Por qué me miras de ese modo?

TOMASA.—Por na, hija. Es que nosotras, las cocineras, de las moscas atontás son de las que menos nos fiamos. ¿Sabes? Porque son de las que primero caen en la comida. ¿Entiendes?

JULIA.—Déjame en paz, Tomasa. No estoy para bromas. (*Vase por la derecha.*)

TOMASA.—Bromitas, ¿eh? Me está a mí dando en la nariz... Pero, dónde está el idiota de mi sobrino?...

CARRACUCA.—(*Por la derecha.*) Presente.

TOMASA.—¿Dónde estabas?

CARRACUCA.—En la escalera. No he pasao de ahí.

TOMASA.—Pero, ¿por qué te has ido a la escalera?

CARRACUCA.—Porque me han echao.

TOMASA.—¿Quién?

CARRACUCA.—El novio de usté. Se conoce que se ha querido ensayar como tío.

TOMASA.—¿Que te ha echao Fernando? Pa quedarse solo con la Julia, ¿verdad?

CARRACUCA.—¡Caliente, caliente!

TOMASA.—Entonces... ¿es que estoy haciendo aquí el Charlot?

CARRACUCA.—Pa mí que sí, señora.

TOMASA.—¿Tú sabes algo? Habla.

CARRACUCA.—Yo no sé más, sino que estorbaba y me echaron.

TOMASA.—(*Dirigiéndose a la derecha.*) ¡Ay! A esa hipócrita la retuerzo yo el pescuezo.

CARRACUCA.—(*Colocándose delante.*) Cuidao tía. A la Julia la respeta usté.

TOMASA.—¿Porque quierés tú?

CARRACUCA.—Eso.

TOMASA.—Pues si empiezo contigo a bofetás...

CARRACUCA.—A mí pue usté hacerme albóndigas, y voy al menú sin protestar, pero a ella...

TOMASA.—¡Le saco los ojos! Y a él... ¡Me va a dar ahora mismo

una explicación! ¡Pero que ahora mismo! (*Entra en la segunda derecha y sale con un jersey puesto.*)

CARRACUCA.—¿Qué va usté a hacer?

TOMASA.—Quédate al cuidao de esto.

CARRACUCA.—¿Pero y la comida, tía? Que es muy tarde.

TOMASA.—Hazla tú.

CARRACUCA.—¿Yo? Que la van a despedir.

TOMASA.—Que me despidan. Adiós. (*Mutis izquierda.*)

CARRACUCA.—Pero, dígame usté siquiera dónde están los ajos... Na, que se ha empeñao en hacerme culinario. Bueno, yo pongo la sartén, que algo habrá que freír. (*Pone la sartén y vuelca en ella el contenido de una botella que toma del basar. Pensativo.*) ¿Quién será este hombre? ¿Por qué consintió la Julia que me echara? ¿Por qué?... (*ROSARIO, por la derecha.*)

ROSARIO.—Tomasa.

CARRACUCA.—No está, Rosario; pero es lo mismo.

ROSARIO.—¿Que no está tu tía?

CARRACUCA.—No, ha salido a... a cambiar el perejil, que se lo dieron usao. Pero estoy yo, ¿sabes? Y es lo mismo.

ROSARIO.—¿Qué ha de ser lo mismo, si el señor pide un "*cotel*"?

CARRACUCA.—¿Qué pide?... ¡Dile que vamos a comer en seguida!

ROSARIO.—Déjate de bromas. Bueno, yo con decir que no está la Tomasa...

CARRACUCA.—No digas na, que voy a ver si no se nota la falta. Oye, ¿les gusta a tus señores la ropa vieja?

ROSARIO.—Sí. ¿Pero cómo vas tú a saber hacer eso?

CARRACUCA.—Desnudándome. Anda, vete poniendo la mesa, pero ponla muy despacio, a ver si da lugar a que esto se caliente. ¡Mi madre, qué aceite más frío!

ROSARIO.—¡Jesús, qué olor a vinagre!

CARRACUCA.—¡Atiza! (*Corre a separar la sartén del fuego.*)

ROSARIO.—¿Pero qué haces?

CARRACUCA.—Na. Que ya verás cómo yo acabo por asar la man. teca.

ROSARIO.—(*Haciendo mutis por donde vino*) ¡La que se va a armar aquí!

CARRACUCA.—¡Digo! Si es que no está ni escamao el besugo. Bueno, esto lo puen comer al horno. (*Abre el horno y lo echa dentro.*) Cuando te quemes, avisa. (*Reparando en un objeto que hay en el suelo y cogiéndolo.*) ¿Qué es esto? ¡Anda, si es un retrato de la Julia! Un imperdible que se la perdido. (*Clavándoselo en el reverso de la solapa.*) Así, conmigo siempre. De aquí no te separa ni un traje nuevo. (*Va al fogón.*) ¡Ay, que esto se apaga! (*Echa carbón y se sienta en actitud meditabunda.*) No estoy pa cocinar. Parece

que me han dao un golpe en la cabeza y me han atontao más de lo que estaba. No, si después de to no puedo quejarme. ¿Quién eres tú, Carracuca, pa soñar con una mujer como esa? ¡Carracuca! (*Oculta la cara entre las manos y llora.*)

JULIA.—(*Por la derecha.*) ¿Qué dice la Rosario, que no está su tía?

CARRACUCA.—No, Julia; y yo me he comprometido a hacer sus veces, pero no doy una en el clavo. ¡Maldita sea mi sino! (*Se lleva las manos a la cara con desesperación y se deja en ella la tizne de los dedos.*)

JULIA.—Vamos, no se ponga usté así.

CARRACUCA.—Si es que estoy negro, Julia.

JULIA.—Por eso digo que no se ponga usté así; límpiese. (*Le alarga un paño.*)

CARRACUCA.—¡Julia! ¿Por qué me echó usté antes? ¿Quién es ese hombre?

JULIA.—No me pregunte, se lo pido. No puedo decir nada.

CARRACUCA.—Es que yo..., yo no quiero, no debo pensar mal de usté.

JULIA.—Gracias.

CARRACUCA.—Pero hay algo aquí dentro que se empeña en martirizarme. Ayúdeme usté. Dígale a eso que habla dentro de mí que es mentira lo que está diciendo. ¿Verdá que no, Julita? ¿Verdá que usté es como yo la he creído siempre? (*Suena el timbre.*)

JULIA.—(*Disponiéndose a marchar.*) La obligación, Felipe; otra vez hablaremos.

CARRACUCA.—¡No! (*Lía un paño en el timbre.*) ¡Que llamen! Si me voy con esta duda me muero de pena.

JULIA.—Que debe estar llamando la señora; que me van a despedir...

CARRACUCA.—Bueno, pues que nos despidan a toos y seguiremos charlando en medio de la calle. Usté me dice a mí quién es ese hombre.

JULIA.—Pero, después de todo, ¿por qué tengo yo que darle a usté cuenta de nada? ¿Qué es usté mío? ¿Quién es usté?

CARRACUCA.—¿Cómo que quién soy yo? ¿Yo? Yo soy..., pues es verdá, ¿quién soy yo? Uno que tiene aquí una tía sirviendo, que ha venido a desayunar, que... Yo no soy nadie, Julia; no me cuente usté na. (*Enternecido.*) ¡Ea!, perdone usté; no he querido ofenderla. (*Dirigiéndose a la puerta de la izquierda.*) Si viene mi tía, que dentro del horno está el besugo. No me guarde usté rencor, por su salú. Es que yo tengo la desgracia de tener corazón como una persona y... Mañana que no hagan café para mí, que no vengo. (*Abre la puerta.*)

JULIA.—(*Conmovida.*) ¡Felipe!

CARRACUCA.—¿A quién llama usté?

JULIA.—¿No es ese su nombre?

CARRACUCA.—¡Ah, sí! Que no me acordaba.

JULIA.—¿Creerá usté lo que yo le diga?

CARRACUCA.—¡Que si la creeré yo! Usté me dice que esto no es una cocina, sino un barco, y que vamos camino de América, y yo me asomo a ver la mar y saludo al contramaestre.

JULIA.—Pero eso sería una mentira, y lo que yo voy a decirle, no. Ese hombre...

CARRACUCA.—(*Con ansiedad.*) ¡Sí!...

JULIA.—Ese hombre es mi hermano.

CARRACUCA.—¡Eh!

JULIA.—¿Le basta con esto?

CARRACUCA.—Me basta y me sobra pa volverme loco de alegría. (*Con alegría creciente.*) ¡Viva mi madre! ¡Viva la República! (*Poniendo el brazo como si le fueran a pegar.*) Quieto, que ahora se pue decir. ¡Ay, Julia, si yo la pudiera abrazar! ¡Ay, que peso me ha quitao usté de encima!

JULIA.—No sabe usté, en cambio, la pena que yo tengo.

CARRACUCA.—¿Por qué? ¿Qué le pasa? Su pena debe ser mía también. Tenga confianza en mí. Yo quiero ser pa usté un hermano, un amigo..., un perro.

JULIA.—Enrique es un desgraciao.

CARRACUCA.—¿Su hermano?

JULIA.—Sí.

CARRACUCA.—Pues parece que no le falta de na; va bien portao. El hombre debe ganarlo bien.

JULIA.—¿Ganarlo? (*Ocultando la cara entre las manos.*) ¡Qué vergüenza!

CARRACUCA.—¿Cómo?

JULIA.—Nada.

CARRACUCA.—¿Pero es que?... Julia, ¿es que es su hermano? ¿Quizás?...

JULIA.—Eso, eso que usté se figura. (*Rompe a llorar.*)

CARRACUCA.—Es que lo que yo me figuro es muy gordo.

JULIA.—¡Pues eso!

CARRACUCA.—¡Ay, Julia de mi alma, ahora la quiero a usté más!, ahora...

JULIA.—Intenta robar aquí, y eso, ¡no!

CARRACUCA.—Claro que no. Lo evitaremos, lo... Pero no llore usted, que voy a coger una perra que no me van a callar ni con caramelos... ¡Hay hermanitos que no debían pasar de los pañales!

JULIA.—Enrique es bueno; las malas compañías. Quedamos muy niños sin padres; no ha tenido nunca quien lo aconseje bien.

CARRACUCA.—¡Julia! ¿Y si yo le hablara? ¿Y si yo le dijera?...

JULIA.—No le haría a usté caso. ¡Cuando no me lo hace a mí, con lo que siempre nos hemos querido!

CARRACUCA.—Sin embargo. Yo le diría que el hombre honrado debe trabajar, que... No, eso no se lo diría, porque me iba a preguntar que dónde trabajo yo. Pero no hay que desanimarse. Yo voy a intentarlo. Y si consigo...

JULIA.—Si consigue usté solamente hacerle desistir de que vuelva a esta casa...

CARRACUCA.—¿Qué? Siga...

JULIA.—Empezaré a quererlo como yo sé querer.

CARRACUCA.—(*Loco de alegría.*) ¿Dónde vive su hermano?

JULIA.—(*Que siente venir a Rosario.*) ¡Calle!

ROSARIO.—(*Por la derecha.*) La comida, volando.

JULIA.—¡Ahora es ella!

CARRACUCA.—Volando. (*Alargándola un paquete de fruta.*) Que empiecen por el postre mientras se hace la sopa.

ROSARIO.—¿Estás loco? ¿Qué van a decir los señores?

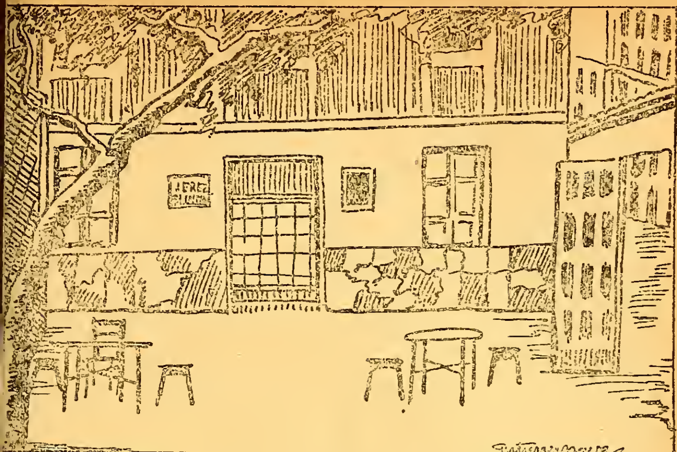
CARRACUCA.—Si no les gusta el menú que se vayan a Los Gabrieles. (*Cantando.*) Baldomera...

AMALIO.—(*Apareciendo por la izquierda en actitud amenazadora.*) Pero, ¿es que me vas a tener to el día esperándote en la calle, so blanco?

CARRACUCA.—(*Con aires de gran señor, cogiéndose del brazo de Julia y haciendo mutis con ella por la derecha.*) Puede usté encerrar el coche, que hoy ni la señora ni yo salimos de paseo.

TELON





ACTO SEGUNDO

Patio o corral, con pretensiones de merendero, a espaldas de una taberna de los barrios bajos. Al fondo, fachada posterior del establecimiento, a cuya puerta se asciende por tres escalones. A la derecha asoma parte de un pequeño cenador cubierto de yedra, cuya entrada no se ve. A la izquierda, tapia con una puertecita de madera en el centro. Varios grupos de mesas, sillas y taburetes. Por la tarde.

(Sentados a una de estas mesas, con un frasco de tinto y unos vasos por delante, están CARADURA, EL CHIRLO y EL ACADEMICO, tres maleantes muy estimados *de la poli, escuchando, con religiosa atención, el SEÑOR ULOGIO, el tabernero, que, de pie junto al grupo, lee un periódico. El Académico se destaca de sus compañeros por la pretendida elegancia con que viste.)*

SR. ULOGIO.—"Barcelona, ocho, cuatro tarde. A causa de un "chivatazo" ha sido entrampillado por la poli el concienzudo "topista" Noy del Paralelo. Lamentamos el "marrón".

EL CHIRLO.—Na, quince días de sombra; ese tié buenos padrinos.

CARADURA.—¡Que te crees tú eso! Ahora no te valen los padrinos; pringas y te empapelan. ¿Verdad, Académico?

EL ACADEMICO.—La diosa Temis ha engrasado la balanza.

EL CHIRLO.—(*Al señor Ulogio.*) ¿Hay algo más de provincias?

SR. ULOGIO.—De Valladoliz. (*Leyendo.*) Han contraído matrimonio, con rescisión semestral de contrato, la angelical señorita Paca la Despeiná, hija del acreditado "sañero" "Mano fina", con el distinguido "espadista", honra de nuestra profesión, Jacinto "el Media bota". Los contrayentes salieron en viaje de novios para Ocaña." (*Dejando de leer.*) Y no trae más de interés. (*Hace mutis foro.*)

CARADURA.—Ca día viene más sosa "La Ganzúa Libre".

EL CHIRLO.—Como que yo me voy a dar de baja.

CARADURA.—Yo no. Hay que ayudarle al único periódico que tenemos. ¿No es verdá, Académico?

EL ACADEMICO.—Los ideales, como las parroquias, necesitan un órgano.

EL INTERPRETE.—(*Por el foro, seguido de su ayudante, que carga con las consabidas piezas de tela.*) Ocasión colosal de comprar barato.

CARADURA.—Ven acá, Intérprete; tú no pierdes el tiempo.

EL ACADEMICO.—Más negocio hace ahora que cuando estaba en el hotel de Inglaterra.

EL INTERPRETE.—(*Sentándose en el grupo y dirigiéndose al Grumete.*) Llévate el género a bordo, y hasta las seis pues irte a estudiar a la Puerta del Sol. Hoy toca estilográficas; no se te olvide. De frente, ¡mar! (*El Grumete desaparece corriendo por la izquierda.*)

EL CHIRLO.—¿Qué? ¿Te da juego el chavea?

EL ACADEMICO.—Parece listo.

EL INTERPRETE.—¿Ese? Te "afana" los calcetines sin tocarte los zapatos.

CARADURA.—Es hijo de Pepa la "Faroles", la mejor mechera que ha tenío Madrí. (*Suena un timbre disimulado en la tapia.*)

EL ACADEMICO.—¡Precaución!

EL INTERPRETE.—(*Mutis por la izquierda.*) Paso para peatones. (*El Académico saca del bolsillo una baraja, echa cartas a los cofrades. y los tres parecen embeberse en el juego.*)

CARRACUCA.—(*Por el fondo.*) Buenas..., buenas tardes. (*Entra cohibido, mirando a todas partes con recelo, y va a sentarse en la mesa más apartada del grupo de jugadores.*) Aquí es donde me han dicho que celebran el consejo de administración. Yo creo que no me han engañao, porque esos parecen "accionistas".

EL ACADEMICO.—(*En la jugada.*) No te empeñes, que el oro lo tengo yo.

CARRACUCA.—Ese es el cajero.

SR. ULOGIO.—(*Aproximando mucho la cara a la de Carracuca y con muy malos modos.*) ¿Qué se ofrece?

CARRACUCA.—¿Tiene usté... ?

Sr. Ulogio.—No, señor.

Carracuca.—Digo que si tiene usté la bondá de retirar la cara, que me puedo creer que es un espejo y llevarme un susto.

Sr. Ulogio.—(*Con peores modos.*) ¿Que qué va a ser?

Carracuca.—Un vaso de vino, pero si usté se enfada me trae una copa de Chinchón, que me da igual.

Sr. Ulogio.—Se va usté a abrasar los hígados. Aquí to lo que hay es mu malo.

Carracuca.—¡Ah, bueno! Pero yo no hago caso de los anuncios.

Sr. Ulogio.—(*Aproximándose al grupo.*) Pa mí que es poli.

El Chirlo.—(*En voz baja.*) No pué ser, lo conoceríamos.

Caradura.—(*Idem.*) Algún forastero. Sírvele. (*El señor Ulogio hace mutis por el foro.*)

El Chirlo.—(*A los compañeros.*) ¿Queréis que le interrogue?

El Academico.—Déjalo.

Carracuca.—(*Aparte.*) (¡Cómo me miran! ¡Qué ojos de asesino tiene el cajero! Pero tú no pues temblar, Carracuca. Tú estás decidido, y no pues temblar. (*Sujetándose con la derecha la mano izquierda, en la que, por la posición en que la tiene, se acentúa más el temblor.*) ¡Quieta! ¿No estás oyendo, miedosa?)

Sr. Ulogio.—(*Sirviéndole una copa de aguardiente.*) El último.

Carracuca.—(*Bebiéndoselo.*) Mañana sale. (*Tosiendo.*) ¡Mi madre!

Sr. Ulogio.—¿Qué pasa?

Carracuca.—¡Qué calorcito!

Sr. Ulogio.—Pues agua no hay.

Carracuca.—¿Pa qué? Estando cerca la casa de socorro... (*Deteniéndole.*) Un momento. ¿Usté podría decirme?... Vamos, yo voy a ser franco con usté. ¿No es aquí donde se reúnen unos cuantos?... (*Completa la frase con los dedos indicando robar.*)

Sr. Ulogio.—¿Aquí? Usté está mochales, amigo. Esto es un establecimiento decente.

Carracuca.—No, si yo no digo que esto sea las Escuelas Aguirre, pero a mí me han dicho...

Sr. Ulogio.—Aquí no entra más que gente trabajadora. ¿Ve usté ésos? Pues el uno es carpintero, el otro pintor y el otro cajista.

Carracuca.—(*Aparte.*) (¡Acerté! De cajista a cajero no va nada.)

Sr. Ulogio.—Los que usté dice se reúnen en la taberna que hay en la esquina de esta misma calle.

Carracuca.—(*Levantándose.*) ¡Ah, bueno! Pues entonces...

Sr. Ulogio.—(*Creyendo que va a marcharse.*) No tie usté más que seguir la acera derecha...

Carracuca.—(*Volviendo a sentarse.*) Pues entonces, me quedo. (*El Señor Ulogio le contempla con rabia. Carracuca mira con di-

simulo el retrato que lleva en el reverso de la solapa.) ¡Julia de mi alma, por ti lo hago!

SR. ULOGIO.—(*Observándole.*) (¡Me lo figuré!) (*Aproximándose al grupo.*) Es poli; me juego la cabeza. ¡Le he visto la placa!

ACADEMICO.—Yo creo que debemos hacer una salida torera.

EL CHIRLO.—Cállate, que no quita ojo. (*El Señor Ulogio hace mutis por el foro. El Chirlo se levanta y disimuladamente se va aproximando al foro, Caradura y El Académico simulan seguir jugando.*)

CARRACUCA.—(*Aparte.*) (Lo mejor es irse derecho al bulto, y salgo de dudas. (*Se levanta y se dirige a ellos.*) ¡Eh, amigos! ¿Ustés puen decirme?... (*Como si los impulsára un resorte, desaparecen El Chirlo, por el foro, y los otros dos por la izquierda. Carracuca mira asustado para atrás.*) Pero, ¿quién viene? ¡Ay, que yo creo que me debo de ir! Serenidá. Por mucho que pase aquí, ¿qué puedo yo perder? ¿Dinero? ¿Categoría?

SR. ULOGIO.—(*Por el foro, con una bandeja en la que trae una botella de vino de marca, una copa, un plato con jamón y otro con aceitunas.*) Hombre, mire usté, aquí siempre ha habido tolerancia con nosotros, porque somos gente de orden. ¿Usté me entiende? Y si hay que dar un informe a tiempo, también lo damos. ¿Sabe usté?

CARRACUCA.—Sí, sí.

SR. ULOGIO.—(*El Señor Ulogio coloca la bandeja en la mesa de Carracuca.*) Usté es nuevo aquí, ¿verdad?

CARRACUCA.—Recién hecho.

SR. ULOGIO.—Se lo he conocido, y desde que entró me fué simpático.

CARRACUCA.—Ya, ya se lo noté en el Chinchón.

SR. ULOGIO.—Que me confundí, pero ahí está eso pa que vaya usté abriendo boca.

CARRACUCA.—¿Esto es pa mí?

SR. ULOGIO.—Y la tienda entera. Usté es aquí el amo.

CARRACUCA.—¿Yo? ¿Pero por qué eso?

SR. ULOGIO.—(*Se dirige al foro.*) ¡Vamos, ande! ¡Bromista!

CARRACUCA.—¡Oiga, que yo!... Bueno, aquí hay una confusión, pero a mí... (*Mirando a la botella.*) A mí, fino oloroso. (*Se sirve una copa y coge una aceituna.*) Me parece que te "se ha" puesto el santo de cara. (*Va a beber, y se detiene al ver que la puerta de la izquierda se entreabre con sigilo y asoma una cabeza, con el sombrero tan echado a la cara, que apenas si deja ver las facciones.*) De cara, pero con sombrero. ¡Pa mí que me espían!

EL SEÑORITO.—(*Abriendo la puerta y hablando con los que están fuera.*) Pero, ¿es ése?

CARRACUCA.—¡Atiza! Ahí está el héroe.

EL SEÑORITO.—Adentro, que no hay cuidao. (*Entra seguido de El Intérprete, El Académico, El Chirlo y Caradura.*) ¿Qué haces tú aquí? ¿Es que me sigues los pasos por encargo de tu tía?

EL ACADEMICO.—¿O ejerces de soplón?

CARRACUCA.—(*Indicando al Intérprete.*) ¿Yo? Yo vengo a comprarle unas camisas aquí a Churruca.

EL INTERPRETE.—¿Te gustó la tela? Fué una broma.

CARRACUCA.—Pues fué una bromita de mal género. (*Bajo, al Señorito.*) Yo quiero hablar con usté.

EL SEÑORITO.—¿Conmigo?

EL CHIRLO.—¡Señores, qué bien te cuidas! (*La emprende con el jamón.*)

CARADURA.—¿Has cobrao hoy?

EL INTERPRETE.—Trae, que tú no estás pa estos tragos. (*Le quita la copa que tiene en la mano y se la bebe. Señor Ulogio asoma por el foro y se detiene a observar.*)

EL SEÑORITO.—Es un infeliz.

CARRACUCA.—¡Bueno!

EL SEÑORITO.—Sobrino de una novia que me he echao y con la que me voy a casar un día de estos. (*Ríe.*) ¿No es verdá, tú?

CARRACUCA.—Eso, a mi tía.

(*Señor Ulogio retira con presteza todo lo que sirvió y hace mutis por el foro.*)

EL INTERPRETE.—(*Bajo al Señorito.*) ¿Le damos el empujón?

EL SEÑORITO.—(*Idem.*) No, que nos puede servir. (*A Carracuca.*) ¿Qué tienes tú que decirme?

CARRACUCA.—Delante de éstos, na. Servidor no tie costumbre de dar noticias al público,

EL ACADEMICO.—¿Te da vergüenza?

CARRACUCA.—Que se pue enfadar la radio.

EL SEÑORITO.—Está bien. Audiencia privada. (*Se aparta con él del grupo. Intérprete, Académico, Chirlo y Caradura se sientan a la mesa de antes y reanudan el juego.*)

EL ACADEMICO.—Es un atontao.

EL INTERPRETE.—Pues tie una tía que se debe peinar a puñetazos.

EL SEÑORITO.—Bueno, ¿qué quieres?

CARRACUCA.—Pues... (*Aparte.*) ¡El encarguito se las trae! (*Alto.*) Enrique... Porque yo sé por su hermana que usté no se llama Fernando, sino Enrique, el *Señorito*.

EL SEÑORITO.—¿Qué Julia te ha enterado?...

CARRACUCA.—De to. Yo soy un buen amigo de Julia, un hermano.

EL SEÑORITO.—¿Eh?

CARRACUCA.—Bueno, entre hermano y amigo, un primo.

EL SEÑORITO.—(*Apretándole un brazo.*) Tú lo que eres es un curioso y eso tiene su peligro. ¿Te enteras?

CARRACUCA.—¿Curioso yo? Usté no me conoce; toavía no sé quién es mi padre, y ni pregunto.

EL SEÑORITO.—¿Te ha dicho ella que vengas a verme? ¡Di! (*Le zarandea.*)

CARRACUCA.—No, señor; a ella no le eche usté la culpa de na. Soy yo, que me he estudiao pa usté un discursito, pero que se me está yendo de la memoria con este recibimiento.

EL SEÑORITO.—(*Cogiéndole de las solapas.*) ¡Es que te metes donde no te llaman, so jilí!

EL INTERPRETE.—(*Al Señorito.*) ¿Te echo una mano?

CARRACUCA.—Dígale usté que no, hombre, que no es a destajo... (*Mirando a hurtadillas un papel escrito, que saca del bolsillo.*) ¡Con lo bien que había yo tomao esto del libro de sermones de mi tía!

(*El Señorito dice por señas a los compinches que el asunto nó tiene importancia.*)

EL SEÑORITO.—(*A Carracuca.*) ¿Y qué más?

CARRACUCA.—¡Si no he empezao! (*Haciendo memoria.*) ¡Na, que me se ha olvidao to!

EL SEÑORITO.—Pues alégrate, porque yo no tengo el tiempo para escuchar tonterías.

CARRACUCA.—Eran cosas muy hondas... ¡Ya, ya me acuerdo! Enrique, este mundo es un barranco de lágrimas. La vida es un sendero tortuoso y enmarañao como una madeja.

EL SEÑORITO.—¿Pero dónde vas a parar?

CARRACUCA.—Al barranco, no me cortes el hilo. To lo malo que hagas lo ties que pagar, primero aquí abajo y luego allá arriba. Lo de aquí abajo menos mal, porque ahora da gusto ir a la cárcel, pero ten en cuenta que allí arriba no ha llegao en toavía la señorita Kent.

EL SEÑORITO.—¡Mi madre, Calpena! ¿Pero, qué vas a aconsejar tú, infeliz, si no tienes ni pa cerillas?

CARRACUCA.—¿En qué se me conoce?

EL SEÑORITO.—(*Al grupo.*) ¿No sabéis? ¡Si ha venido a convertirme. (*Ríe.*)

EL ACADEMICO.—(*Levantándose.*) ¿El señor es de las Misiones?

EL INTERPRETE.—¿Eres catequista? (*Idem.*)

CARRACUCA.—¡Si yo fuera cataquista no iba a repartir cates ni na! (*Quemado.*)

EL CHIRLO.—Creo que se le debe hacer un homenaje.

CARADURA.—Propongo una lápida conmemorativa.

CARRACUCA.—Esa se la pones a tu suegra.

EL CHIRLO.—(*Amenazador.*) ¿Cómo?

EL SEÑORITO.—(*Autoritario.*) ¡Ya está bien! (*A Carracuca.*) Me

nas caído en gracia. (*Sacando una hermosa petaca y de ella un habano que le da.*) Toma un pito y escucha.

CARRACUCA.—¿Un pito? Es una flauta.

EL SEÑORITO.—¿Has comido hoy?

CARRACUCA.—No me acuerdo.

EL SEÑORITO.—Pues ahora pasarás ahí (*Indica el fondo*) y te podrás hinchar. ¿Tú crees que hay derecho a que un hombre no coma?

CARRACUCA.—Debe haberlo.

EL ACADEMICO.—Lo que hay es cobardía social.

EL SEÑORITO.—¡Ni más ni menos! A estos y a mí no nos falta un duro. ¿Entiendes?

EL INTERPRETE.—(*Mostrando varios.*) Mira.

CARRACUCA.—¡Mi madre, qué bien se le da a usté la marina!

EL SEÑORITO.—¿Pa qué sirves tú, vamos a ver?

CARRACUCA.—¡Anda, eso me estoy preguntando desde que solté el bibe!

EL SEÑORITO.—¿Y no has pensado nunca en que podías ser *chori*?

CARRACUCA.—¡Ya lo creo, y lo soñé una vez!

EL SEÑORITO.—¿Y qué?

CARRACUCA.—Que me comí.

EL SEÑORITO.—Pues en eso está tu bienestar, so primo.

CARADURA.—¡Y tu porvenir!

EL ACADEMICO.—(*Sentencioso.*) El hombre sensato no debe vivir con las manos metidas en los bolsillos propios.

EL INTERPRETE.—¿Qué mujer te va a querer con esa ropa?

CARRACUCA.—No, no; a mí no me vende usté un trajecito...

(*Suena el timbre de antes.*)

EL ACADEMICO.—¡Agüequen!

EL SEÑORITO.—(*Cogiendo del brazo a Carracuca y llevándole a la izquierda.*) Fuera seguiremos hablando.

CARRACUCA.—(*Asustado.*) ¡Pero qué quiere de mí esta gente!

(*Mutis izquierda todos.*)

SR. ULOGIO.—(*Con JULIA, por el fondo.*) Que por aquí no viene se lo aseguro yo.

JULIA.—Y yo le aseguro a usté que sí. (*Va a sentarse a una mesa de primer término.*)

SR. ULOGIO.—(*Observándola.*) ¡Bonita y testaruda. Mi debilidaz!

JULIA.—Si ve usté al Señorito dígale que está aquí su hermana.

SR. ULOGIO.—¡Acabáramos! Eso ya es otra cosa. (*Asomándose a la izquierda.*) ¡Eh! ¡Señorito! Sí. Tú solo. (*A Julia.*) ¿Algo más?

JULIA.—Muchas gracias.

(*El señor Ulogio hace mutis por el fondo, a tiempo que por la izquierda entra EL SEÑORITO.*)

EL SEÑORITO.—¿Qué quieres tú aquí?

JULIA.—Que hablemos.

El Señorito.—Este no es sitio para que venga una mujer decente.

Julia.—¿Y para que venga un hombre honrao es sitio?

El Señorito.—Tú no tienes que meterte en lo que yo hago. ¡Hala, a casita, que aquí no te se ha perdido nada.

Julia.—No te canses. Hoy no te obedezco.

El Señorito.—¡Maldita sea!

Julia.—Ni con amenazas, ni de ningún modo. Eres el hermano mayor a quien yo debía respetar como a un padre; a quien siempre he respetado, a pesar de todo. Hoy, ya, no. O cambias de vida o esta misma tarde me despido de la casa en que estoy.

El Señorito.—¿Para qué?

Julia.—Para que no robes donde yo como el pan.

El Señorito.—¡Qué graciosa! ¿Y a dónde vas a ir sin acomodo?

Julia.—A tu lado.

El Señorito.—¿Eh? ¡A mi lado! ¿Estás loca? No sabes lo que dices. ¡Vete!

Julia.—¡No!

El Interprete.—(*Por la izquierda.*) ¡Ah, vamos! Ahora me explico la llamada. ¡Vaya si es guapa la *ajunta!* Es usté una monada, con permiso aquí de Romeo.

Julia.—Gracias.

El Interprete.—(*Aproximándose amoroso a ella.*) Kolosal, Kolosal, que decimos los prusianos.

El Señorito.—¡Oye, tú!

El Interprete.—No seas celoso, hombre. La admiración es libre. ¿La molesto a usté?

Julia.—Sí, señor.

El Interprete.—¿Ves tú? La franqueza también es libre. Bueno, cuando puedas, ven, que te necesitamos con urgencia.

El Señorito.—Ahora voy. (*A Julia.*) Echa delante.

Julia.—Déjame.

El Interprete.—¿Pero dónde guardabas este capullito de rosa, que no le hé visto hasta hoy?

Julia.—Soy su hermana.

El Señorito.—¡Julia!

El Interprete.—¡Ah!

Julia.—¿Te enfada que lo diga?

El Interprete.—¡Atiza! ¡Y le sube el pavo! ¿Pero todavía te da rubor? ¡Qué cándido! A mí no me pone colorao ni la poli.

El Señorito.—¡Ni a mí! (*Disimulando sus sentimientos.*) Igual se me da de esta que... de la otra. (*Cogiéndose del brazo del Intérprete y dirigiéndose al fondo con lentitud.*) Ahí te quedas. (*Bajo y con ahinco.*) ¡A casa! (*Alto.*) ¡A mi la familia!...

El Interprete.—La familia es un estorbo, casi nunca nos en-
ende.

El Señorito.—¡Eso! (*Bajo a Julia.*) No lo olvides. ¡Tú, no! *La mira imperativo, ordenándola que se marche.*)

El Interprete.—(*Mirándola con entusiasmo.*) ¡Colosal! (*Se van* *r el fondo. Julia se deja caer en una silla, pone los brazos sobre* *mesa y, ocultando la cara, llora.*)

Carracuca.—(*Por la izquierda muy preocupado.*) ¡Claro que tie azón ese Académico! La vida es injusta y *emígera*. El chori no es nás que el nivelador de la riqueza mal repartida. Porque pongamos... (*Reparando en Julia.*) ¿Eh? ¿Pero es ella? ¡Julia! ¿Qué hae usté aquí? ¿Está usté llorando?

Julia.—(*Secándose los ojos.*) Yo, no.

Carracuca.—Pero, ¿por qué ha venido?

Julia.—No podía vivir de inquietud. He aprovechado que están os señores fuera y... no sé, la verdá, no sé para qué he venido.

Carracuca.—¿Y cómo ha dado usté con este sanatorio?

Julia.—Lo conocía de antes. ¿Olvida usté que fuí yo quien le dió as señas?

Carracuca.—Es verdá; es que ya estoy un poco trastornao de to o que me se ha metio aquí dentro.

Julia.—Ha perdido usté el tiempo con Enrique, ¿verdad?

Carracuca.—No, señora.

Julia.—¿Que no?...

Carracuca.—Julia, usté y yo, hemos vivido hasta hoy equivocaos.

Julia.—¿Cómo?

Carracuca.—Verá usté: Así, al principio, parece un poco raro, pero en cuanto que se piensa... El que roba no es un ladrón.

Julia.—¿Pues, qué es?

Carracuca.—Un nivelador. ¿Usté cree que hay derecho a que nadie pase hambre? Porque hay quien la pasa y la mar de negra algunas veces. ¡Ay, Julia, qué porvenir me estoy viendo por delante! Una casa muy bien puesta, con cojines y to. Usté con la mar de vestidos; ahora me quito uno, luego me pongo otro, luego dos... Y yo que la cojo del brazo y me la llevo a la ca Sevilla a un escaparate de aquellos y la digo: escoja usté ahí los brillantes que más a gusten que a la noche se los llevo yo...

Julia.—¿Pero usté se ha vuelto loco?

Carracuca.—No, Julia, no; hay que reconocer que su hermano ie razón; usté y yo somos dos infelices; usté matándose por quince duros al mes, y yo alimentándome con el recuelo que me da mi tía.

Julia.—(*Con amargura.*) ¡Y yo había confiado en usté!

Carracuca.—Y puede usté hacerlo. Va usté a estar mejor atendida que la mujer de un concejal. (*Queriendo tomarle la mano.*)

¡Qué felices vamos a ser, Julita, porque yo tengo condiciones pa e oficio!

JULIA.—¡Quite! Yo creí que era usté un hombre honrado.

CARRACUCA.—¡Hombre es que to cansa.

JULIA.—(*Despectiva.*) ¡Déjeme usté en paz, Carracuca!

CARRACUCA.—Yo... ¡Pero qué atrasás son las mujeres!

JULIA.—¿Y usté era el que me quería?

CARRACUCA.—¡Mucho, Julia!

JULIA.—Mi cariño no se gana así; a mí no me importa la po breza siempre que haya honradez. Sabe usté que Enrique es m pesadilla y se deja ganar por los consejos de esos granujas. ¡Cre que era usté otro hombre!

CARRACUCA.—(*Cada vez más pesaroso.*) Bueno,, le diré a usté yo no..., yo no he firmao ningún contrato.

JULIA.—(*Dirigiéndose al foro.*) Hemos acabao para siempre.

CARRACUCA.—(*Cortándole el paso.*) El que acaba para siempr como se vaya usté así, soy yo.

JULIA.—¡Quite!

CARRACUCA.—¡Que me mato, Julia! ¡Que me mato, aunque se con el tabernero!

JULIA.—¿Pero qué clase de hombre es usté?

CARRACUCA.—Pues de los que tien dos piernas. Y no me diga ust más cosas porque voy a hacer pucheros y me salen muy mal (*Aproximándose, a ella en tono de súplica.*) Julia, Julia de mi al ma, si yo lo hacía por usté, porque no trabajaran esas manos, po alegrar esa cara, por adorna ese cuerpo. Si yo lo hacía por... por que yo no tengo na de valor que dar por usté, que vale tanto, : daba lo único que tenemos los pobres. ¿Me perdona?

JULIA.—(*Tendiéndole la mano.*) ¡Felipe!...

CARRACUCA.—(*Suspirando.*) ¡Dios se lo pague! Quiero ser com usté me diga, hacer lo que usté quiera.

JULIA.—¿De verdá?

CARRACUCA.—No se lo juro por la memoria de mi padre, porqu mi padre no tenía memoria, pero por la de mi tía, sí, que esa s acuerda de to. Venga, Julia, vámonos de aquí.

JULIA.—Espere.

CARRACUCA.—Ni un minuto más. (*Un poco cursi.*) Esta *asmósfe ra* nos ahoga a los caballeros. ¡Y pensar que yo tenía que *encalo narme* al lado de la *María* en donde usté sirve!

JULIA.—¿Cómo?

CARRACUCA.—Que tenía que esconderme para abrirle la puerta : su hermano. La *María* es la caja de caudales.

JULIA.—Usté me ayudará a evitar eso. ¿Verdá que sí?

CARRACUCA.—Sí; ahora mismo voy a dar parte.

JULIA.—¡No, eso no!

CARRACUCA.—Pues avisaré a los señores.

JULIA.—¡Tampoco!

CARRACUCA.—Pues... Pues veo a la *María* hecha galletas. (*Mirando hacia el interior de la taberna.*) ¡Azúcar! (*Tirando del brazo de Julia.*) Venga usté.

JULIA.—¿Qué pasa?

CARRACUCA.—Venga usté, que a esto sí que le tengo yo miedo. (*Hacen mutis los dos por la derecha a tiempo que por el fondo entran TOMASA y AMALIO.*)

AMALIO.—¡Cuando yo te digo! ¿No ves que no la pierdo los pasos?

TOMASA.—¿Pero a él también le has visto entrar aquí?

AMALIO.—Ni me hace falta; con seguirle el vuelo a la paloma se da con el palomo.

TOMASA.—¡Ay, pues como el palomo sea quien yo me figuro... va a haber plumas para una almohada!

AMALIO.—Por eso he corrido a avisarte; porque sé cómo las gastas. Siéntate. (*Lo hacen.*) Tú y yo somos aliaos.

TOMASA.—¡Natural!

AMALIO.—Si conseguimos echarles el ojo, tú te encargas de él y ella me la dejas a mí.

TOMASA.—Al revés me parece mejor. .

AMALIO.—No es político. Yo le sacudo a ella, y no pasa na, porque soy un amante despechao, y esto en la comi se tiene en cuenta. Tú le sacudes a él, y como eres débil, aunque le hinches, como si no, pero yo con él y tú con ella, sí nos pueden traer lío.

TOMASA.—Eres un hombre planeando.

AMALIO.—Que conoce uno el Código.

SR. ULOGIO.—(*Por el fondo.*) Ustés dirán.

TOMASA.—Yo no tengo gana de tomar na.

AMALIO.—Ni yo. ¿Qué cuesta estar sentaos aquí?

SR. ULOGIO.—Hombre..., según.

AMALIO.—¿Cómo según?

SR. ULOGIO.—Si le toca a ustés un asiento de los que tienen los clavos fuera le pué costar unos pantalones.

AMALIO.—Pero si no me toca uno con clavos...

SR. ULOGIO.—Entonces con rascarse basta.

AMALIO.—(*Dándole una peseta.*) Ahí va esa leandra por el aviso.

SR. ULOGIO.—Gracias. ¿Quieren ustés algo más?

AMALIO.—Nada. Puede usté venir luego a retirar el servicio. (*El seyor Ulogio se va por donde vino.*)

AMALIO.—¡Caray!

TOMASA.—¿Qué?

AMALIO.—(*Cambiando de silla.*) Que es verdá lo de los clavos.

TOMASA.—(*Rascándose.*) Y lo otro también debe ser verdá. ¡Mía

que si te has equivocao y me has traído al Palas pa esto!... (*Siguen hablando bajo.*)

EL SEÑORITO.—(*Por la izquierda, deteniéndose sorprendido.*) ¡Eh!

TOMASA.—¡Fernando!

AMALIO.—¿Qué te decía yo?

EL SEÑORITO.—¿Qué haces tú aquí?

TOMASA.—¿Y tú?

EL SEÑORITO.—(*Aparte.*) (¡Ay, que me coge la vez!) (*Alto.*) ¿Quién es ese hombre? ¿Por qué vienes con él? ¡Tomasa, tú me estás engañando!

TOMASA.—Mira, rico, déjame de películas gritadas, que aquí el que se tiene que explicar eres tú.

AMALIO.—Servidor es el chófer de Serrano, 108.

EL SEÑORITO.—Ya está explicao; eso es. Yo soy un infeliz del que ustés se burlan. Pero a mí, no. ¡A mí cuando me engañan, mato!

AMALIO.—(*Con miedo.*) ¡Eh, amigo, que se va usté muy pronto al final de la novela. Esta y yo somos compañeros de servicio, pero na más.

TOMASA.—No te sofoques; si éste no siente lo que dice, si es pa despiestar. ¡Si te he calao! (*Cogiéndole por las solapas.*) ¿Dónde está la Julia?

EL SEÑORITO.—¿Qué Julia?

TOMASA.—La Julia, que ha entrao aquí.

EL SEÑORITO.—¿A mí qué me cuentas?

TOMASA.—Dime dónde la tienes, que la quiero sacar los ojos.

AMALIO.—Oye, acuérdate: tú con éste y yo con ella. La Julia es cosa mía.

EL SEÑORITO.—¿Cómo cosa de usté? ¿Es su novia quizás?

AMALIO.—Algo más que eso. De modo que si le ha dicho a usté que le quiere, le engaña.

EL SEÑORITO.—(*Amenazador.*) ¿Qué es más que novia?

AMALIO.—(*Jactancioso.*) ¡Ele!

JULIA.—(*Por la derecha.*) ¡Mentira!

EL SEÑORITO.—¡Julia!

JULIA.—(*A Amalio.*) ¿Por qué dices eso, canalla?

AMALIO.—Pa hacerte salir, mujer. ¿No ves que me figuraba el truco?

TOMASA.—(*Al Señorito.*) ¿Y ahora qué dices tú, monería?

EL SEÑORITO.—Digo que hemos terminao, si te parece.

TOMASA.—Dirás que hemos empezao. ¿Pues qué te crees, que yo me voy a quedar con medio equipo hecho, pa que se ría de mí el gremio de los peroles? (*A Julia, remangándose los brazos.*) ¡Ahora veremos, mosquita muerta!

AMALIO.—(*Deteniéndola.*) Hemos quedao...

TOMASA.—Ya lo sé. Pues dale a esa tan fuerte como yo le dé a este. (*Se dispone a sacudir.*)

EL SEÑORITO.—Que estás obcecá, Tomasa; que yo no conozco a esa mujer más que de haberla visto en tu cocina. (*A Julia.*) ¿No es así. (*Julia asiente.*)

TOMASA.—Si no la conoces, ¿por qué ha venido aquí?

CARRACUCA.—(*Saliendo por la derecha.*) Por un servidor, aunque me esté mal el decirlo.

TOMASA.—¿Tú?

AMALIO.—¡Carracuca!

CARRACUCA.—Felipe. Desde que soy novio de Julia me llamo Felipe.

AMALIO.—¡Tú su novio!

CARRACUCA.—Que lo diga ella.

JULIA.—Es verdá.

EL SEÑORITO.—¿Estás viendo?

AMALIO.—(*A Carracuca.*) ¿Ah, sí? ¡Con las ganas que yo te tengo, ladrón!

CARRACUCA.—Pues haz el favor de salir a la calle y esperarme, que lo haces muy bien.

AMALIO.—(*Va a acometerle.*) Ahora veremos.

JULIA.—¡Amalio!

TOMASA.—(*Interponiéndose.*) Si le tocas al chico, te quedas sin narices.

AMALIO.—Pero tú y yo, ¿estamos aliaos?

TOMASA.—Pronuncia bien, que éste se pue escamar. (*Por el Señorito.*) Perdona que haya dudao de ti, Fernando. (*A Julia.*) Y tú, perdona también.

JULIA.—Estás perdonada.

AMALIO.—¿Pero es que yo he venido aquí para hacer el ridi? (*Haciendo mutis.*) ¡Maldita sea! Ya te pescaré.

CARRACUCA.—Falta que yo quiera picar.

TOMASA.—(*Al Señorito.*) Lo que no me explico es que seas viajante de una casa de modas y andes por estas playas.

EL SEÑORITO.—Ahí verás tú. Por aquí también hay gente elegante, sino que lo disimulan.

EL INTERPRETE.—(*Por la izquierda.*) Oye, Señorito, dice Braulio... (*Reparando en Tomasa.*) ¡¡El Marne!! (*Desaparece corriendo por donde entró.*)

TOMASA.—¡El alemán! ¡Te voy a dar yo camisas! (*Sale corriendo tras de él.*)

CARRACUCA.—¡Está perdío! Si no lo pue coger, le tira un brazo.

EL SEÑORITO.—(*Encarándose con los dos, en tono severo.*) De modo que... ¿sois novios?

CARRACUCA.—Sí. Digo no; verás: yo le he dicho..., ella me ha

dicho..., pero como eso no importa, pues..., pues no te puedo decir ahora si somos novios o no; pero que nos queremos mucho sí te lo puedo decir.

El Señorito.—¿Es verdá que quieres a éste?

Julia.—(*Con resolución.*) ¡Le quiero!

Carracuca.—(*Aparte, emocionado.*) (¡Ay, Dios mío, qué bien habla!

El Señorito.—¿Y no has tenido, para escoger novio, más que a un compañerito mío?

Julia.—¿Yo? Lo que tú me enseñas.

Carracuca.—(*Al Señorito.*) Te diré... De eso de compañerito, había que hablar un rato largo.

El Señorito.—No hay que hablar más sino que se han acabao estas relaciones; mi hermana es una mujer cabal y tú y yo somos dos granujas.

Carracuca.—Yo no. He pensao seguir siendo persona decente.

El Señorito.—¿Cómo?

Carracuca.—Que no hay na de lo dicho.

El Señorito.—Entonces, ¿a qué has venido aquí? ¡De espía! (*Avanza hacia él amenazador.*)

Julia.—(*Interponiéndose.*) ¡Enrique!

Carracuca.—¡Enrique, hombre!... ¡Que los disgustos entre familia están muy feos!

Julia.—(*Bajo al Señorito.*) Si le haces mal te llegaré a aborrecer.

El Señorito.—(*Llevándosela aparte y a media voz.*) ¿Pero es posible que te hayas enamorao de ese hombre?

Carracuca.—(*Aparte.*) ¡Mi madre, qué mal le ha sentao el noviazgo!

Julia.—¿Enamorarme?... No sé. Es bueno. Creo que merece mejor suerte. Quizás sea lástima lo que siento por él.

El Señorito.—(*En voz alta.*) ¡Ah, vamos? Lástima. Eso es otra cosa.

Julia.—¡Calla!

Carracuca.—Gracias, Julia.

Julia.—¿Por qué?

Carracuca.—Por su buen corazón. Muchas gracias.

Tomasa.—(*Por la izquierda, con agitación, despeinada y trayendo la gorra de El Intérprete y una manga que le ha arrancado de la americana.*) ¡Ya me cobré!

Carracuca.—¡Mi madre! ¿No lo dije?

Julia.—¡Jesús, Tomasa!

El Señorito.—¿Pero qué traes ahí?

Tomasa.—Espérate que haga inventario: la gorra, una manga

de género alemán y pellejos en las uñas. (*Deja sobre una mesa la gorra y la manga.*)

El Señorito.—(*Aparte.*) (¡Qué fiera!)

Carracuca.—(*Bajo, al Señorito.*) Pues aplícate el cuento, esto por treinta pesetas; en el ajuar de boda lleva gastaos setenta duros. ¡No te digo más!

Julia.—(*Acercándosele con cariño.*) ¿Estás lastimada? ¿Te duele algo?

Tomasa.—Los dientes.

Carracuca.—Eso es que le ha mordío usté el reloj.

Tomasa.—Resbaló en la huída, me eché sobre él y ¡cualquiera lo sacaba de mis uñas! ¡Cómo lo habré puesto que se le han quedao las orejas cambiás.

El Señorito.—Eres un ángel.

Carracuca.—De los que están de guardia.

El Señorito.—(*A Tomasa.*) Anda, os acompañaré a Serrano. (*A Carracuca.*) Tú, espérame aquí.

Carracuca.—¿Yo?

El Señorito.—(*Bajo.*) Y no se te ocurra marcharte porque te puede pesar.

Carracuca.—Si yo ya no soy de los vuestros.

El Señorito.—Pues por esa razón. (*A Julia.*) Vamos.

Julia.—No, yo también me quedo.

El Señorito.—No puede ser.

Tomasa.—(*Tirando de él hacia la calle.*) Déjala, que vamos mejor sin testigos de oídos. (*Hacen mutis por la izquierda.*)

Julia.—(*A Carracuca, que está muy triste.*) ¿Qué tienes? ¿Qué entendistes antes cuando hablé con mi hermano?

Carracuca.—Nada. (*Quitándose el imperdible que lleva en la solapa.*) Toma.

Julia.—¡Mi imperdible!...

Carracuca.—Tu retrato. Yo hubiera querido clavarlo dentro de mí, llevándolo donde no te vieran más que mis ojos. Guárdalo.

Julia.—¿Me lo devuelves?

Carracuca.—Y siento no poderte devolver las cartas, pero como no nos hemos escrito...

Julia.—No seas así, Felipe...

Carracuca.—Llámame Carracuca otra vez, que no me enfado. Sea como sea le estoy a usté muy agradecido.

Julia.—(*Aproximándose acariciadora.*) ¡De usté!... Pero ven acá, gruñón.

Carracuca.—(*Separándose.*) Que no admito coba.

Julia.—¡Felipe!...

Carracuca.—Ni coba ni cariño por caridad. ¡Por qué me haría yo tantas ilusiones!...

JULIA.—Si no es verdá lo que le he dicho a Enrique. Se lo he dicho por...

CARRACUCA.—¡Era mucha suerte pa mí!... (*Se sienta.*)

JULIA.—(*Indecisa.*) Está bien. Entonces...

CARRACUCA.—Entonces...

JULIA.—¿No me crees?

CARRACUCA.—(*Temeroso.*) Si te vas a enfadar... ¡Pero no; si no debo creerte, si es engañarme a mí mismo!

JULIA.—¡Pobre Felipe!...

CARRACUCA.—No, pobre no. ¡Dime ladrón, asesino, lo que quieras, pero pobre no. ¡Yo soy más rico que Romanones! ¡Mira! (*Sacando diez céntimos y tirándolos.*) Esto no lo hace el conde.

JULIA.—No te pongas así. Coge eso.

CARRACUCA.—¿Quién, yo? ¿Qué coja yo otra perra? ¡Menuda la tengo!

JULIA.—(*Dirigiéndose con lentitud a la primera izquierda.*) Pues, adiós. Siento que no nos podamos entender.

CARRACUCA.—¿Te vas?

JULIA.—Sí.

CARRACUCA.—Bueno. Vámonos.

JULIA.—¿Si no me crees para qué?

CARRACUCA.—(*Volviendo a sentarse.*) Tienes razón.

JULIA.—Adiós.

CARRACUCA.—Adiós. (*Sin poderse contener.*) ¡Julia!

JULIA.—(*Deteniéndose.*) ¿Qué quieres?

CARRACUCA.—Que..., que tengas cuidado al salir, que hay una cáscara de melón en la acera.

JULIA.—Gracias. (*Se dirige otra vez a la puerta y se detiene.*) ¿Irás por allí mañana?

CARRACUCA.—No. Mañana tengo que ir a un entierro.

JULIA.—¿A cuál?

CARRACUCA.—Al mío.

JULIA.—(*Asustada.*) ¿Qué vas a hacer?

CARRACUCA.—No, no te asustes. No voy a hacer más que enseñarle la lengua al forense.

JULIA.—¡Pero eso!...

CARRACUCA.—Eso se hace con una cuerda. Anda, vete.

JULIA.—(*Rompiendo a llorar.*) Te gusta hacerme sufrir.

CARRACUCA.—¿Cómo? ¿Estás llorando?

JULIA.—¿No lo ves?

CARRACUCA.—¿Porque te doy lástima?

JULIA.—De pena y coraje. Eres un mal hombre.

CARRACUCA.—¡Ole ya!

JULIA.—¿Te alegras?

CARRACUCA.—Si me dieras un guantazo me volvías loco de alegría. ¡Insúltame ya, por tu salú!

JULIA.—¿Pero estás loco?

CARRACUCA.—¡Qué he de estar, hombre! Es que una bofetá no se da por lástima. Pégame y te creo. (*La coge las manos.*)

JULIA.—¡Quita!

CARRACUCA.—(*Dándose guantazos en su cara con las manos de Julia.*) ¡Toma, sinvergüenza! ¡Aprende, Carracuca! ¡Pa que me creas! ¡Pa que te acuerdes!

JULIA.—¡Que me lastimas!

CARRACUCA.—Perdona, es que tengo una cara tan dura...

EL INTERPRETE.—(*Por la izquierda.*) Buenas tardes. (*Trae la cara llena de arañazos, un claro en el pelo que acusa un bocao y varios desperfectos en la ropa, entre éstos la falta de una manga.*)

JULIA.—¡Jesús, qué facha!

CARRACUCA.—¿Viene usté del Congreso?

EL INTERPRETE.—¿De dónde es tu tía, hijo mío?

CARRACUCA.—De Toro. ¿Se le nota?

EL INTERPRETE.—Está pidiendo una estocá en los rizos. ¡Vaya una parroquiana!

CARRACUCA.—Sí, con dos clientas como mi tía liquidas la *existencia.* (*Dirigiéndose a la izquierda.*) En fin. Aliviarse y que no se repita. Vamos, Julia.

EL INTERPRETE.—(*Poniéndose delante.*) Tú no puedes salir por ahora.

CARRACUCA.—¿Cómo?

EL INTERPRETE.—Ordenes del jefe.

JULIA.—¿Pero qué dice este hombre?

EL INTERPRETE.—(*Bajo, a Carracuca.*) Que te has rajao y nos pues vender. (*Alto.*) Hay que estar aquí hasta que vuelva El Señorito.

CARRACUCA.—¿Con qué derecho?

EL INTERPRETE.—(*Mostrándole un revólver.*) Con este.

JULIA.—¡Ah, sí! Pues verás tú qué pronto aviso yo a un guardia. (*Inicia el mutis.*)

EL INTERPRETE.—(*Interponiéndose.*) Deténgase la dama.

JULIA.—¡Quite!

EL INTERPRETE.—¡Que no se sale he dicho!

CARRACUCA.—(*Furioso.*) ¡Como la toques me vas a tener que dar un tiro por dentro porque te voy a comer con revólver y to!

JULIA.—Déjalo, Felipe.

EL INTERPRETE.—¡Qué miedo! (*Sentándose al foro.*) Puede arrullarse la pareja, que no me opongo.

JULIA.—Es usté un granuja, un mal hombre.

CARRACUCA.—Na de eso. Es una carabina.

EL INTERPRETE.—Se prohiben las alusiones.

CARRACUCA.—(*Bajo, a Julia.*) Ayúdame, verás si salimos. (*Se aproximan a la puerta de la izquierda.*)

EL INTERPRETE.—Si dais un paso más disparo.

CARRACUCA.—Pero, ¿qué hace usté ahí, tía?

EL INTERPRETE.—(*Aparte.*) (¿Cómo?)

JULIA.—Entra, mujer, no te quedes en la puerta.

CARRACUCA.—Entre usté, que está aquí el de las camisas.

EL INTERPRETE.—(*Levantándose de un salto y desapareciendo por el foro.*) ¡La caraba!

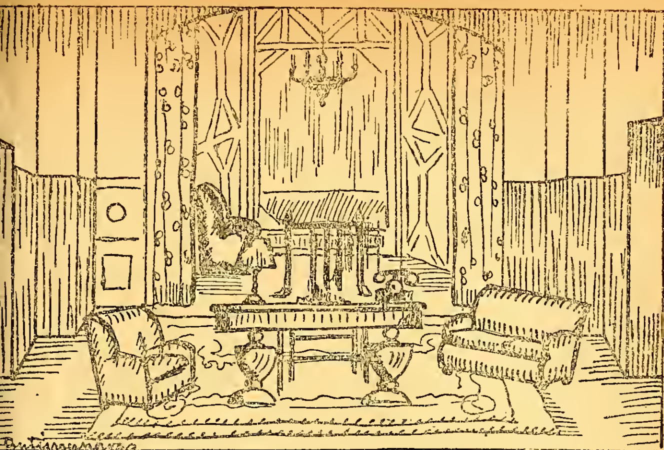
CARRACUCA.—¡Ole!

JULIA.—(*Tirando del brazo de Carracuca.*) ¡Corre!

CARRACUCA.—(*Haciendo mutis por la izquierda con Julia.*) ¡No cambio yo a mi tía por un guardia civil!

TELON





ACTO TERCERO

Despacho de la vivienda lugar de acción del primer acto. Muebles lujosos y de buen gusto. Mirador al fondo, a la derecha dos puertas y otras dos a la izquierda. En el fondo derecha una hermosa caja de caudales de mecanismo alfabético. Las once de la noche.

(Sentado con toda comodidad en una butaca, leyendo un periódico y fumando un magnífico puro habano, está AMALIO, con más aire de dueño y señor que el mismo propietario de la casa.)

TOMASA.—*(Por la primera izquierda.)* Ya se han dejao la luz encendida.

AMALIO.—No apagues, tú, que a oscuras se lee muy mal.

TOMASA.—¿Pero estás tú aquí?

AMALIO.—Hombre, la pregunta holga. En ausencia de los señores, lo natural es que la servidumbre disfrute de estas comodidades. ¿No estáis cenando vosotras en el comedor?

TOMASA.—Con flores y todo.

AMALIO.—Pa mí ha sío uno suerte que se les ocurriera a los señores hacer el viaje en avión.

TOMASA.—Pero hay un peligro: que si les gusta el aire te veo de avionero.

AMALIO.—Me aburriría, ¿no ves que en la *almósfera* no hay perros?

TOMASA.—¡Qué salao!

AMALIO.—¿A qué hora se piensa acostar la Julia?

TOMASA.—¿Pa qué lo quiés saber?

AMALIO.—Pa nada. Pa devolverle la tomadura de pelo.

TOMASA.—¡Oye, tú, barbaridades no!

AMALIO.—Si es una broma que la pienso dar.

TOMASA.—Que yo no me fío de las bromas tuyas, que tú le echas a uno el coche encima y dices que es pa darle una sorpresa.

AMALIO.—En último extremo, si se enfada, aquí está mi mano pa responder.

TOMASA.—Ya te entiendo. ¡Mi madre, qué ratonero! *(Aparece ROSARIO por la primera izquierda. Se detiene asustada y da un grito.)* Vamos, hija, que no ganamos contigo pa sustos.

ROSARIO.—¡Ay, qué miedo! No esperaba que hubiera aquí nadie. Dispensad; ya sabes que no tengo la culpa. Es la enfermedad nerviosa.

TOMASA.—Se la pegó el ama.

AMALIO.—Y qué enfermedad. Está siempre en un grito. ¿Cómo te dijo el médico que se llamaba eso?

ROSARIO.—*Nurotis.*

AMALIO.—El nombrecito ya es grave. ¿Y qué tomas?

TOMASA.—Alientos pa chillar.

ROSARIO.—Bueno. ¿Nos das el café o nos castigas?

TOMASA.—Vamos. *(A Amalio.)* Te invito.

AMALIO.—¿Hay coñac?

TOMASA.—Ya lo creo. En mi casa no falta de nada. *(Ríen y hacen mutis por la segunda izquierda, apagando la luz.)*

(Queda la escena semi a oscuras, permitiendo la débil claridad que entra por el balcón vislumbrar confusa la silueta de un hombre que sale de bajo un amplio sofá que hay en el fondo. Se oye repetidas veces el botonazo de una linterna eléctrica que no quiere funcionar, y tras esto la voz apurada de Carracuca, que dice.)

CARRACUCA.—¿Pero qué me han dao a mí aquí que no arde? *(Nuevos intentos de encender.)* ¡Maldito sea el flúido! *(Decidido.)* Bueno, pues yo no he visto que trabajen sin luz más que los ratones. Sea lo que Dios quiera. *(Da a la llave de la luz. Carracuca se ha improvisado con un mono un traje Fantomas. Mirando con rabia la linterna que tiene en la mano.)* Debe tener gastá la pila. *(Mirándola por dentro.)* Ni eso. Está depilá. Esto no se hace con un aficionao a la fuerza. ¡Mi madre, qué mal se vive debajo un sofá! ¡Qué dolor de riñones! Si es que a mí los puertos de mar no me sientan y me he pasao el día de un muelle a otro; pero no he perdido el tiempo; ya sé cómo se hacen los *sofases* por debajo. *(Mirando por la segunda izquierda.)* ¡Anda, cómo se cuidan! Yo me he debido esconder en el comedor y hubiera pescado algo de ali-

mento, que falta me hace. ¡Tres días desayunando na más! (*Mirando los cajones de la mesa-escritorio.*) ¡Si el señor fuera de los que meriendan chocolate crudo y lo guardan aquí! Sellos..., lacre... (*Sacando una caja de cigarros habanos.*) ¡Caray! ¡Brevas! ¿Por qué no serán higos? ¡Pa echar humos estoy yo! (*Sacando un revólver.*) ¡Anda! Sigue el humo. ¡Esto sí que quita el hambre! (*Reparando en un estuche.*) ¡Vaya un aparatito! (*Leyendo una inscripción que tiene al pie.*) "Al Concejal... La Comisión..." ¡Ah, vamos! Es un enchufe del ayuntamiento.

JULIA.—(*Por la primera derecha, muy sorprendida.*) ¡Felipe!

CARRACUCA.—¡Por Dios, baja la nota, que si te oye mi tía me juego el pelo!

JULIA.—¿Pero cómo estás aquí? ¿Cuándo has entrado? ¿Qué haces?

CARRACUCA.—Todo no te lo puedo contestar al mismo tiempo; estoy aquí con un poquito de miedo; he entrado esta mañana, y hago el ridículo.

JULIA.—¿Pero desde esta mañana?...

CARRACUCA.—Ahí debajo. Después de tomar el café, aproveché un descuido de mi tía y me vine aquí a despachar la correspondencia.

JULIA.—¿Pero, por qué has hecho esto?

CARRACUCA.—¡Anda, porque me juego la nuez! ¡Tu hermanito es un bicho de cuidao! Anoche dieron conmigo y pude salvar el pellejo prometiéndoles que esta madrugada les abriría la puerta de servicio.

JULIA.—¡Enrique está loco!

CARRACUCA.—¡Pues, anda, que los enfermeros que tiene al lao... Quieras o no me han metido en un fregao que voy a perder hasta el jabón.

JULIA.—¡Dios mío!

CARRACUCA.—(*Mostrando la mano temblorosa.*) ¡Mira, yo no sabía lo que temblaba un mono!

JULIA.—(*Con desaliento.*) ¡Te han asustado! ¡Si hubieran dado con un hombre!

CARRACUCA.—Eso no, Julia. No debes hablarme así. Que me desprecie todo el mundo, bueno, pero tú no; si yo no fuera un hombre y si yo no te quisiera con toda mi alma, tiempo me hubiera sobrado pa dar parte a la poli de lo que me ocurre, pero estás tú por medio, se trata de tu hermano, del mayor cariño de tu vida y al lao de eso mi suerte me importa poco; yo debo estar aquí esta noche y estoy; ellos creen que por sus amenazas, yo te digo que por ti. Yo seré un desgraciao, un hombre desgraciao; pero siempre un hombre.

JULIA.—¡Felipe! ¡Nunca te he oído hablar de ese modo!

CARRACUCA.—Ni yo he sentido nunca como ahora quemárseme la cara de vergüenza.

JULIA.—¿Me perdonas?

CARRACUCA.—Tú a mí. No he sabido contenerme. Tú le has hablado a Carracuca y te ha contestado Felipe.

JULIA.—Pues ese es el que yo quiero que me hable siempre.

CARRACUCA.—¿Siempre? No pue ser, se enfadaría el otro.

JULIA.—¿Pero qué piensas hacer? ¿Cuál es tu plan? Dime.

CARRACUCA.—(*Mirando por la segunda izquierda.*) ¡Calla!

JULIA.—¡Pronto! ¡Que vienen! (*Carracuca se oculta tras una cortina que le cubre por completo.*)

AMALIO.—(*Por la izquierda.*) Oye, princesa: ¿Te tienes a menos de alternar con nosotros? (*Se dirige a la mesa y saca de un cajón la caja de habanos.*)

JULIA.—No tengo que darte explicaciones.

AMALIO.—¿Cómo? Bueno, me coges en plena digestión y no me quiero incomodar. (*Abriendo la caja.*) Ahora un Caruncho, y luego a la cama.

JULIA.—¡Qué bonito! Ya le diré yo al señor quién se fuma los puros.

AMALIO.—¿Tú? ¿Pero es que quiés buscarme? (*Sin haber cogido aún el cigarro, suelta la caja en una esquina de la mesa y se dirige a Julia en actitud agresiva.*) ¿Tú no sabes que yo las he domao mucho más cerriles que tú?

JULIA.—Tus hermanas, ¿verdad? (*Carracuca alarga el brazo y coge la caja de puros.*)

AMALIO.—Que no me tomes el pelo, Julia. Si te has figurao que porque le hablas a esa calamidad ties un hombre que te defiende, estás equivocada.

JULIA.—Vete o le doy una voz a Tomasa.

AMALIO.—¡Si no fueras una mujer!

JULIA.—No me hablabas así, desde luego.

AMALIO.—(*Despreciándola con un gesto.*) Bueno; a lo mío. (*Busca la caja encima de la mesa. Luego debajo, luego en los cajones y dice, por último, creyendo haber dado con el quid y mirando por la segunda izquierda.*) ¡Qué bromitas tiene la Tomasa! (*Hace mutis por donde vino.*)

CARRACUCA.—(*Saliendo de su escondite.*) Lo que es esta noche no fumas tú habano.

JULIA.—Me has hecho pasar un mal rato; te ha podido ver.

CARRACUCA.—¡A mí qué me va a poder ver ése! Dime: ¿Dónde tienes tu cuarto?

JULIA.—¿Por qué lo preguntas?

CARRACUCA.—Julia, ¿desconfías de mí?

JULIA.—(*Indicando la primera derecha.*) Aquella última puerta es la de mi habitación.

CARRACUCA.—Está bien.

JULIA.—¿Qué hacemos, Felipe, qué hacemos? En cuanto Enrique entre aquí se pierde.

CARRACUCA.—¡Anda, y en cuanto salga también! Menudo negoçio es esta jamona. (*Por la caja.*)

JULA.—¡Hay que evitarlo, Felipe, por tu madre; hay que evitarlo!

CARRACUCA.—¡Hay que evitarlo por mi madre, y por mi tía, y por ti, y por todos, que nos vamos a ver en un lío.

JULIA.—¿Has pensado algo?

CARRACUCA.—Mucho, pero...

JULIA.—¿Qué?...

CARRACUCA.—Que no me se ha ocurrío na. Ahí debajo no hay quien se *ispire.* (*Indica el sofá. Asomándose con cautela al balcón.*) ¡Ven! Asómate con cuidao y fíjate en la esquina.

JULIA.—(*Obedeciendo.*) ¡El!

CARRACUCA.—Y en la otra esquina el Intérprete. ¡Los dos con flores pa la *María*! No se pue salir ni con paraguas.

JULIA.—(*Tras de meditar un instante.*) Escucha, ¿te atreverías tú a abrir esa caja?

CARRACUCA.—¿Yo? Si me das tiempo pa llamar a un cerrajero... ¿Qué es lo que has pensao?

JULIA.—Que cuando ellos lleguen den el golpe en balde.

CARRACUCA.—¡Atiza!

JULIA.—Aprovechemos los minutos. Mira; esto creo que se abre dándole vueltas aquí y poniendo con estas letras el mismo nombre conque se ha cerrado. Así se lo he visto yo hacer al señor.

CARRACUCA.—Venga el nombre.

JULIA.—Eso no lo sé.

CARRACUCA.—¡Pues me has dao la llave!

JULIA.—Vamos a probar con uno cualquiera.

CARRACUCA.—Podemos probar con to el almanaque y cuando vayamos por junio, ya han vuelto tus señores del veraneo. (*Examinando la caja.*) ¡Menuda es! La han debido hacer de un tanque.

JULIA.—¿Cómo la abrirá mi hermano?

CARRACUCA.—Tu hermano y el Intérprete la abren con el aliento.

JULIA.—Marca el nombre del señor, a ver. Hermenegildo.

CARRACUCA.—(*Operando.*) Me... ne... g.

JULIA.—No, hombre, no; con eme no, con hache.

CARRACUCA.—(*En su faena.*) Hache... gil... do...

JULIA.—Que no, hombre, que no. Pero qué mal escribes.

CARRACUCA.—A máquina muy mal. Gil... do... Con este nombre no se abre.

JULIA.—Desde luego. Si lo pones mal.

CARRACUCA.—No creo yo que dentro la caja haya un maestro escuela. Oye, ¿será que le he suprimido el don?

JULIA.—Estará con otro nombre.

CARRACUCA.—Yo me figuro que el señor la cerrará con la persona que más tenga en el pensamiento, con la que más quiera, ¿no? ¿Cómo se llama tu señora?

JULIA.—Amparo, pero pon Lola...

CARRACUCA.—¿Cómo? ¡Ah, bueno, sí! Esa, esa es la que abre la caja. (*Manipulando.*) Ele... o... ele... o... (*Suena un tiro dentro de la caja. Carracuca cae sentado en el suelo.*)

JULIA.—¡Jesús!

CARRACUCA.—(*Muerto de miedo.*) Aquí, aquí.

JULIA.—¿Te ha dado?

CARRACUCA.—Sí.

JULIA.—¿Dónde?

CARRACUCA.—En muchos sitios.

JULIA.—¡Por Dios! Ten sangre fría.

CARRACUCA.—Si no puedo; si me la han calentao de un tiro. Mira a ver si me desangro.

JULIA.—No, no estás herido.

CARRACUCA.—Pues me ha tirao bien cerca. Vámonos. Corre, que va a salir.

JULIA.—¿Quién?

CARRACUCA.—(*Indicando la caja.*) El que está ahí dentro. El de la ortografía.

JULIA.—Tranquilízate, es un aviso de alarma.

CARRACUCA.—¿Un aviso? Pues el segundo lo va a esperar Cagancho.

JULIA.—(*Escuchando a la izquierda.*) ¡Se acercan! ¡Escóndete!

CARRACUCA.—(*Haciendo mutis ligero por la primera derecha.*) ¡Señores, qué noche de cabaret! A tu cuarto me voy. (*Julia apaga la luz y desaparece por la segunda derecha a tiempo que por la izquierda llegan TOMASA y AMALIO. Aquélla en camisón y empalmada con el machete de partir la carne; este con las mismas prendas de antes y con un miedo que se le nota desde la portería.*)

TOMASA.—Ha sido en la calle.

AMALIO.—Ha sido aquí te digo. Enciende.

TOMASA.—Enciende tú, que ties un miedo de charlestón.

AMALIO.—¿Miedo? (*Enciende.*)

TOMASA.—¿Ves? Nadie. Ha sido un numático.

AMALIO.—Que yo no me había dormido como tú, Tomasa. Vamos a registrar.

TOMASA.—¡Hale! (*Indicando la primera derecha.*) Empieza por ahí. ¿Llevas armas?

AMALIO.—Yo no las necesito.

TOMASA.—Sí, pa correr estorban. (*Amalio hace mutis temeroso por donde se indica. Tomasa observa el despacho.*) La caja está igual. Todo está en su sitio.

JULIA.—(*Por la segunda derecha.*) ¿Qué pasa?

TOMASA.—¿Tú no has oído?

JULIA.—Sí; como si hubiera estallado un neumático debajo del balcón, ¿verdad?

TOMASA.—Eso es; no puede ser otra cosa. Pues Amalio se ha empeñao en que han tirao un tiro aquí dentro.

JULIA.—¿Quién? Me hubiera yo dado cuenta.

TOMASA.—Natural. Es que este chófer no es valiente más que con la gasolina.

JULIA.—¿Y la Rosario?

TOMASA.—Pataleando encima la cama la de dejao.

JULIA.—(*Indicando el machete.*) Pues tú no venías descuidada.

TOMASA.—Sí; por si acaso había que mechar algo.

AMALIO.—(*Por donde se fué, con la mano en la mejilla. Deteniéndose sorprendido al ver a Julia.*) ¿Pero estás tú aquí?

JULIA.—¿No lo ves?

AMALIO.—¡Si no es posible! Si estás tú aquí, ¿quién me ha dao a oscuras en tu cuarto esta ensalada de tortas?

TOMASA.—¿Que te han sacudío?

AMALIO.—Con las dos manos. Yo entré a tientas a ver si se había ocultao allí alguien...

TOMASA.—(*Con segunda.*) Sí, sí...

AMALIO.—Llegué hasta tu cama llamándote y... ¡Aquí pasan cosas muy raras!

TOMASA.—¡Lo que hace el canguis! ¡Se cree que le han pegao!

AMALIO.—¿Cómo que me creo, idiota? ¿Pero es que me se ha hinchao a mí este carrillo de aprensión? Toca aquí.

TOMASA.—(*Sin dejar de reír.*) Que te has dao con una puerta, hombre.

JULIA.—Si no hubieras entrado en mi cuarto te hubieras evitado eso.

AMALIO.—Ahora voy a saber yo a quién tienes tú allí, pimpollo.

JULIA.—Cuidado con lo que dices.

TOMASA.—Sí; habla bien, que se te pue hinchar el otro lao.

AMALIO.—(*A Tomasa con miedo.*) Acompáñame pa que veas.

TOMASA.—¿Yo? Ve tú solo.

JULIA.—A mi cuarto no tiene para qué ir.

AMALIO.—Pues avisaré al sereno. (*A Tomasa.*) ¿Me acompañas?

TOMASA.—¿No te da vergüenza? Echa pa alante, que yo te doy guardia, héroe. (*Entran por la primera derecha Tomasa y Amalio.*)

JULIA.—¡Ay, Dios mío! ¡Pobre Felipe!

CARRACUCA.—(*Por la segunda de dicho lado. En voz baja a Julia.*) ¡Se ha llevao lo suyo! (*Julia le impone silencio con un gesto y le indica que vienen.*) ¡El muy ladrón!

JULIA.—Calla.

CARRACUCA.—Pues no me decía lucero. ¿Lucero? Toma estrellas. (*Desaparece por la primera derecha.*)

TOMASA.—(*Con Amalio, por la segunda de dicho lado.*) ¿Qué? ¿Estás ya convencido?

AMALIO.—¿Qué he de estar, hombre? Si me duele hasta la corbata.

JULIA.—No creí yo que eras tan miedoso, Amalio.

TOMASA.—A mí no me marees más, que tengo que madrugar mañana.

AMALIO.—¿Sabéis lo que os digo?

JULIA.—¿Qué?

AMALIO.—Que aquí os quedáis, que yo me voy a dormir a la posada del Peine.

TOMASA.—¡Ole los hombres!

AMALIO.—¡Que pasan aquí esta noche cosas muy raras, pero que muy raras, y a mí no! (*Se va por la primera izquierda.*)

TOMASA.—A ver si encuentras allí los puros. Ahí le tienes; de día se quiere comer el mundo y de noche las puertas se le hacen dedos. ¿Pero estás temblando?

JULIA.—No, no lo creas (*Suena un silbido en la calle y Julia no puede reprimir un grito ahogado.*)

TOMASA.—Algún silbante; no tengas aprensión. Ese chófer te ha contagiao el heroísmo. ¡Digo, si estás pálida!

JULIA.—Déjame; no te preocupes de mí.

TOMASA.—Faltaba más. ¡Esta noche duermo yo en tu cuarto pa que estés tranquila!

JULIA.—¡No! ¡Qué simpleza!

TOMASA.—Ya lo creo que sí; y que conmigo ya pues roncar a pierna suelta, que yo soy mixta de liebre y mastín; duermo con un ojo abierto y los colmillos fuera.

JULIA.—No. Acompaña a la Rosario.

TOMASA.—Esta no pasa miedo. ¡No ves tú que se desmaya!

JULIA.—Pero mujer, si...

TOMASA.—Anda criatura. (*La conduce por la primera derecha, dándole empujones cariñosos. Al marchar, apaga la luz.*)

CARRACUCA.—(*Saliendo por la segunda derecha.*) ¡Pues ahora sí que me ha fastidiado mi tía! Al lao de la Julia soy valiente, pero solo no me puedo meter un dedo en la boca. porque me quedo sin él. (*Suena otro silbido.*) ¡Ay, mi madre! ¿Qué hago? ¡Ay, cómo me tiembla la ropa interior! Yo, yo me voy con mi tía... ¡Vamos, Ca-

racuca, ¿no te da vergüenza de que te se mueva el pell'ejo así? *Tocándose la muñeca.*) ¿Pero qué hace aquí esta berruga? ¡Si ste lo he tenido yo siempre en la espalda! (*Escuchando por la rimera izquierda.*) ¿Eh? Ya me le figuraba; esos entran conmigo sin mí. (*Sigue escuchando.*) ¡Ahí están! ¡Me la he ganao! (*Hace utis por la segunda izquierda, a tiempo de que por la primera de licho lado entran con gran sigilo EL SEÑORITO y EL INTERRETE. Traen linternas eléctricas y hablan a media voz.*)

EL SEÑORITO.—Adelante.

EL INTERPRETE.—(*Con más miedo que vergüenza.*) Mira que si e ha rajao, pue chivarse y nos la busca.

EL SEÑORITO.—Aprieta los dientes que te se oyen sonar, mieloso.

EL INTERPRETE.—¡Es que la Tomasa es también de abrigo!

EL SEÑORITO.—Vigila esas puertas. (*Indica derecha.*)

EL INTERPRETE.—Despacha tú pronto.

EL SEÑORITO.—Pero, ¿tienes miedo de tres mujeres?

EL INTERPRETE.—Tres mujeres chillando es un mitin.

EL SEÑORITO.—Se las tapa la boca y en paz.

EL INTERPRETE.—Te juro que hubiera querido mejor dar este golpe en el Banco de España.

EL SEÑORITO.—¿No te da vergüenza? (*Durante todo este diálogo ha ido sacando varias herramientas, que deja al pie de la cama, para irlas utilizando, y se dispone a forzar la* María.) ¿Oyes algo?

EL INTERPRETE.—Ronquidos.

EL SEÑORITO.—La Tomasa.

EL INTERPRETE.—¡Pues ronca con altavoz!

EL SEÑORITO.—Ayuda aquí. (*El Intérprete abandona su vigilancia y se aproxima a la caja.*)

JULIA.—(*Por la primera derecha, encendiendo la luz.*) ¡Pronto, date prisa, que nos pueden sorprender! (*Habla con energía, pero a media voz, temiendo que se despierte la Tomasa.*)

EL SEÑORITO.—(*Sorprendido.*) ¡Julia! ¿Qué dices?

JULIA.—Que soy tu cómplice, que debo ayudarte. ¡Que ya soy como tú!

EL INTERPRETE.—Joven, usted haría muy bien en meterse en la cama.

EL SEÑORITO.—Vete, Julia, este no es momento de hablar. Que no puedan creer que tú sabías esto. Yo me arreglaré de forma que no sospechen de ti.

JULIA.—Y yo diré lo contrario.

EL SEÑORITO.—¿Pero, qué te propones?

JULIA.—Lo que te ofrecí. Tú no vienes a mi camino y yo voy al tuyo.

El Interprete.—(*Que no le llega la camisa al cuerpo.*) ¿Pero esto no lo podíamos hablar en el café?

El Señorito.—(*Con nerviosidad.*) ¡Vete, Julia!

El Interprete.—Hay que respetar las horas de trabajo.

Julia.—No me voy.

El Señorito.—¿Que no?... (*Alzando sobre ella la mano.*) Vete o...

Carracuca.—(*Saliendo con rapidez por la segunda izquierda. Sacando del cajón de la mesa un revólver y apuntadno al Señorito.*) Si la tocas me olvido de que eres su hermano.

El Señorito.—(*Avanzando hacia él, amenazador.*) ¡Tú!

Carracuca.—(*Por la pistola.*) Cuidao que esta alumbra mejor que la linterna.

El Interprete.—¡Cuando yo decía que se nos atravesaba este hueso!

Carracuca.—Y ahora se va a hacer aquí lo que yo mande. (*Coge el auricular del teléfono.*)

El Señorito.—¿Cómo?

Carracuca.—Tú me puedes matar a mí mañana, pero esta noche soy yo ministro de Comunicaciones.

Julia.—¡Felipe!

Carracuca.—No me digas na, que estoy hecho un jabato. Ya está bien de sacrificios por ese granuja. Se puede ser *chori* y tener corazón. Tú no tienes ni sitio. Ves llorar por ti a esa mujer, que es el único cariño que te queda en el mundo, y levantas la mano pa pegarla. Eres un chori con trichina. Ahora veremos qué pasa.

El Señorito.—¿Te atreverás?

Carracuca.—¿Cómo que si me atreveré? Tú no sabes el valor que da el miedo. Aquí no se roba esta noche porque a mí no me da la gana. ¿Entendéis? Si ahora mismo no tomáis la puerta, dentro de diez minutos está aquí todo el personal de la Comisaría correspondiente.

El Señorito.—Permíteme que me sonría un poco.

Carracuca.—Ties permiso.

El Señorito.—Telefonea, que pues comunicar con el espacio hasta que cojas la onda. ¿Me crees tan pánfilo que haya dejao ese cabo suelto? Está cortao, so primo.

Carracuca.—Estaba. Ahora está empalmao, ¿qué te crees tú que he hecho yo por ahí dentro?

El Señorito.—¿Cómo?

Carracuca.—Servidor entiende unas miajas de estas cosas. He sido chico de teléfonos.

El Interprete.—¡Mi madre con el atontao!

Carracuca.—(*Al Señorito, viendo la intención de sacar un arma y apuntándole.*) No te rasques que se irrita la piel. (*Manipulando en el aparato.*) Diez y seis, cinco, diez y seis.

JULIA.—(*Aproximándose a Carracuca y en voz baja.*) ¡Por Dios, Felipe, no telefonees!

CARRACUCA.—(*Lo mismo.*) ¡Cómo voy a telefonear, hombre, si es verdad que está cortao! Qué, ¿soy o no soy un hombre?

JULIA.—(*Bajo.*) No te fíes.

CARRACUCA.—Calla, que yo dejo arreglao esto mejor que Herráiz.

EL SEÑORITO.—(*Que se ha aproximado a Carracuca por detrás de Julia, le arrebata el revólver.*) ¡Ea! Se acabó. Si te mueves te achicharro.

JULIA.—(*Interponiéndose.*) ¿Serás capaz de hacerle daño?

EL SEÑORITO.—¡Quita!

CARRACUCA.—No te asustes; si yo tengo siete vidas.

TOMASA.—(*Por la primera derecha.*) ¿Pero, qué es esto? (*Fijándose en El Señorito.*) ¡Fernando!

EL INTERPRETE.—¡La caraba! (*De espaldas a Tomasa se cubre rápidamente la cara con el pañuelo a modo de antifaz, dejándose sólo las orejas al descubierto.*)

TOMASA.—(*A Carracuca.*) ¿Pero qué haces tú aquí de aviador?

CARRACUCA.—Lo mismo que usted de bañista.

TOMASA.—¿Pero no estoy soñando?

CARRACUCA.—Sí, tía; mírese usted el traje, verá como sí.

TOMASA.—¿Qué es esto, Julia?

EL SEÑORITO.—(*Al Intérprete.*) Encárgate de ésta que yo arreglaré lo demás.

TOMASA.—¿Que se encargue de mí?, ¿pero eres un ladrón? ¿Pero?...

EL INTERPRETE.—(*Apuntándole con un arma.*) Pase la señora a ese recinto. (*Indica la segunda derecha.*)

TOMASA.—¿Yo?... ¡Ay, qué *compló* más granuja!

JULIA.—No es lo que tú crees, Tomasa.

EL INTERPRETE.—Pase.

CARRACUCA.—Tía, no se resista usté.

TOMASA.—Ya te diré yo mañana, Diego Corrientes. (*Dando frente al Señorito.*) ¡So co...!

EL SEÑORITO.—(*Amenazador.*) Si pides socorro...

TOMASA.—¡So cochero!

EL INTERPRETE.—(*Sin dejar de apuntar.*) Vamos.

TOMASA.—(*Obedeciendo.*) ¿Y éste? ¿Dónde he visto yo estas orejas?

EL INTERPRETE.—(*Haciendo mutis con Tomasa.*) ¡Pues no tengo yo más miedo que ella!

EL SEÑORITO.—(*A Carracuca, indicando las herramientas y la caja.*) Y tú, pronto, ven aquí a ayudarme si no quieres saber quién es el Señorito.

JULIA.—(*Con valentía.*) ¡El, no! ¡Yo te puedo ayudar!

EL SEÑORITO.—(*Desesperado.*) ¡Quita, que me estás buscando y no quiero hacer un disparate!

JULIA.—Nunca será mayor que este..

CARRACUCA.—(*Aparte.*) Está visto. ¡Con un revólver sólo no se va a ningún lao!

EL SEÑORITO.—(*Cogiendo de un brazo a Felipe, que está próximo al balcón.*) Ven acá.

CARRACUCA.—(*Indicándole la calle.*) ¡Mira!

EL SEÑORITO.—¿Eh?

JULIA.—(*Acercándose también.*) ¿Ves cómo te has perdido?

EL SEÑORITO.—¡Maldita sea! Ese ha sido el Chirlo, porque no quise darle parte en el negocio. (*Asomándose a la segunda derecha.*) ¡Intérprete! ¡Intérprete! (*Recoge las herramientas.*)

CARRACUCA.—(*Que sigue mirando por el balcón.*) ¡Y que son unos cuantos!

JULIA.—(*Con amargura.*) ¡Ahora sí que no tienes salvación!

EL SEÑORITO.—Lo veremos. (*Como antes.*) ¡Intérprete!

TOMASA.—(*Por donde se fué, empujando al Intérprete que viene atado y amordazado.*) Vamos, hombre, que le llaman.

EL SEÑORITO.—¿Eh?

CARRACUCA.—¡Anda, échale marinos a mi tía!

EL SEÑORITO.—¡Tomasa!

TOMASA.—¡Granuja! ¿Cómo has tenido entrañas pa engañar a una débil mujer como yo?

JULIA.—Yo te suplico, Tomasa...

TOMASA.—Y tú, ¿qué callao tenías que este era tu hermanito? ¡Vaya un peine! (*Aparte.*) (¡Ladrón con lo guapo que es!) (*Dejando escapar unas lágrimas.*) Este desengaño me va a costar una enfermedad.

CARRACUCA.—(*Aparte.*) (Esperarse, que yo lo voy a arreglar. Tía que ha sido por usted, por su cariño.)

TOMASA.—¿Por mí?

JULIA.—¿No te lo figuras?

EL SEÑORITO.—Yo quería ofrecerte un bienestar, tenerte como una señora. ¡Me he perdido por ti?

TOMASA.—¡Pero!... ¿Es posible?

EL SEÑORITO.—Ponga usté su amor en una mujer pa esto.

TOMASA.—No, la verdá que yo soy un poco *supita*, y... (*Por el Intérprete.*) Aquí también este pobre hombre, que vive honradamente del comercio... (*Le quita la mordaza.*)

EL INTERPRETE.—(*Al Señorito.*) A mí no me metes tú en otro lío como este.

TOMASA.—Yo no me figuraba... ¡locuras, no, Fernando; locuras

or mí, no! (*Desata las manos al Intérprete.*) Nos ajustaremos a u sueldo.

El Señorito.—(*Bajo al Intérprete.*) ¿Pero cómo te has dejado?...

El Interprete.—¿Qué me voy a dejar, hombre? Que echa unas laves que atonta a Ochoa. ¡Si hasta me ha quitado treinta pesetas!

El Señorito.—Pues aviva, que la poli ronda la casa.

El Interprete.—¡Eh!

Tomasa.—¿La poli?

Julia.—¿Qué hacemos, Tomasa?

El Interprete.—(*Mirando por el balcón, muerto de miedo.*) ¿A lónde da la ventana del cuarto de baño?

Tomasa.—Al cuartel de la Guardia civil.

Carracuca.—¡No te tires, Reverte! (*Suena un timbre a la de-echa.*)

Tomasa.—Llaman a la puerta principal. Salir por la de ser-icio.

El Señorito.—Y caemos como gorriones.

Julia.—¡Estaba de Dios!

Carracuca.—Dios no pue querer que tú seas desgraciá, y Carra-uca tampoco. (*Al Señorito, en un noble arranque.*) Trae tus herra-nientas. (*Se las saca del bolsillo.*) La pistola también. Aquí hace alta que prendan a uno y ese seré yo.

El Señorito.—¿Tú?

Julia.—¡No, qué locura!

El Señorito.—Creo en balde tu sacrificio, pero gracias. (*Mutis.*)

El Interprete.—(*Siguiéndole.*) ¡Yo no vuelvo a robar ni al do-ninó! (*Suena otra vez el timbre.*)

Carracuca.—Ahora vaya usté a abrir y pida socorro por el amino.

Tomasa.—Sí, sí. No tengas cuidao. (*Hace mutis primera derecha se le oye gritar dentro*:) ¡Socorro! ¡Socorro!

Julia.—Te pierdes por mi cariño!

Carracuca.—No, mi vida; te gano por esa misma razón. Deja ue Carracuca pueda servir para algo alguna vez. (*Tomándola las nanos y mirándola a los ojos.*) ¿Verdá que ahora empiezas a que-erme de veras?

Julia.—Ahora... (*Titubea. No encuentra frase que decir y le da ın beso.*)

Carracuca.—(*Sin quererlo creer.*) ¿Me has besao? ¿Pero es erdá que me has besao? ¡Ay, si me diera tiempo pa bailar! ¡Ay, ué noche más alegre voy a pasar en la cárcel recordando este eso!... (*Se siente rumor que se acentúa hacia la derecha.*)

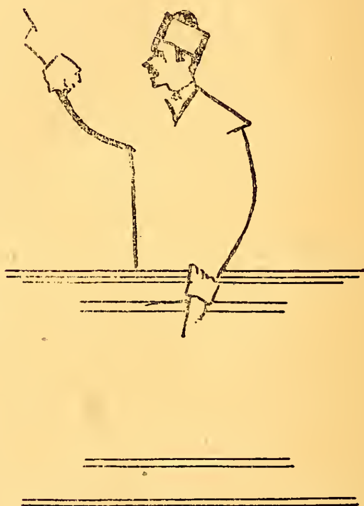
Julia.—(*Temblando.*) ¡Ya están ahí! (*Empieza a caer el telón entamente.*)

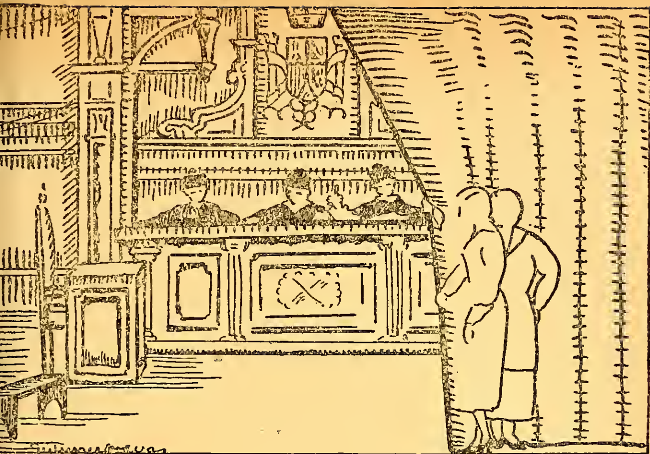
CARRACUCA.—¡Vete! (*La obliga a hacer mutis izquierda y dice, avanzando con serenidad hacia la derecha al encuentro de los que se aproximan.*) ¡Adelante, señores! ¡Aquí está el ladrón!... (*Asoman por la primera derecha un sereno y dos policías.*)

POLICIA.—¡Arriba las manos! ¿Qué hace usted aquí?

CARRACUCA.—Aquí, aquí robando.

TELON





EPILOGO

ala de Justicia de la Audiencia de Madrid. Al fondo, tribunal. Una puerta en primer término de la izquierda.

(Al levantarse el telón está constituído el Tribunal, y CARRA-UCA de pie, dando frente al fondo, responde al interrogatorio del RESIDENTE.)

PRESIDENTE.—¿Promete decir verdad a todo lo que se le pre-nte?

CARRACUCA.—Sí.

PRESIDENTE.—Conteste a las preguntas del señor Fiscal.

CARRACUCA.—Bueno.

FISCAL.—Con su venia, señor. *(Cincuenta años aproximadamente. adece un tic nervioso que le obliga a guiñar el ojo con frecuen-a.)* ¿Por qué insiste usted en ocultar a la Justicia su verda-era personalidad?

CARRACUCA.—¿Cómo?

FISCAL.—¿Por qué se empeña en negar que es el célebre espa-sta llamado el Señorito, no conocido hasta hoy por la policía; ero sí famoso por sus repetidas *hazañas*.

CARRACUCA.—Porque no lo soy.

FISCAL.—¿Ha olvidado usted que fué denunciado por uno de s secuaces la noche de autos?

CARRACUCA.—¿Qué auto?

FISCAL.—Advierto al acusado que es inútil hacerse el inoce te. La Justicia posee pruebas sobradas para no dejarse engañá ¿Dónde se reunía usté con su cuadrilla?

CARRACUCA.—(*Aparte.*) (¡Atiza! ¡Ahora me confunde con Bie venida!) (*Alto.*) Yo no tengo cuadrilla.

FISCAL.—¿Es cierto que tenía relaciones amorosas con una do cella de la casa llamada Julia?

CARRACUCA.—No, señor. Y no me guiñe usted, que no digo que

FISCAL.—¿Confiesa qué fué sorprendido dando golpes en la ca de caudales?

CARRACUCA.—Una pesadilla; que estaba soñando que era bom del regimiento Saboya.

FISCAL.—(*Indicándole una palanqueta, unas tenazas y una pi tola que hay encima de una mesa.*) Examine esas herramientas diga si las reconoce.

CARRACUCA.—Sí, señor. Estas las llevo yo siempre por si llaman a trabajar de tipógrafo.

FISCAL.—¿La pistola también?

CARRACUCA.—La pistola es pa ir tirando.

FISCAL.—Compruebe que están marcadas con una inicial, c una ese mayúscula. ¿Corresponde esta a la palabra señorito?

CARRACUCA.—Usté sabrá si señorito se escribe con ese.

FISCAL.—Pregunto si es su inicial.

CARRACUCA.—No; no, señor; esa ese quié decir se debe.

FISCAL.—(*Dando por terminado el interrogatorio.*) Me basta.

PRESIDENTE.—La defensa.

DEFENSOR.—(*Levantándose y saludando taurinamente a la pr sidencia.*) Con la venia. (*Es un tipo de abogado andaluz muy fl menco. Un Bergamín de segunda mano.*) Vamos a ve, barbián. ¿Us ha tenío padre?

CARRACUCA.—No, señor.

DEFENSOR.—¿Y madre, ha tenido?

CARRACUCA.—Tampoco. Yo soy hijo de una hermana de mi t

DEFENSOR.—Espere, espere: creo que no ha tomao bien el capo

CARRACUCA.—Sí; creo que nos hemos hecho un lío. (*Apart* (Debe ser el abogao de los toreros.)

DEFENSOR.—¿Quién le daba de chavea la manducatoria?

CARRACUCA.—Cualquiera sabe.

DEFENSOR.—¿No recuerda usté cómo comía?

CARRACUCA.—¡Ah, eso sí! Con una cuchara.

PRESIDENTE.—Ruego al letrado que emplee en sus pregun otros términos más propios de su cometido.

DEFENSOR.—Yo procuro ponerme a tono con el declarante.

PRESIDENTE.—Procure ponerse a tono con la gramática.

DEFENSOR.—Acato. (*Con afectación al acusado.*) ¿Sentía usted a intervalos dominada su idiosincrasia por las sugestiones espirituales y avasalladoras del niño cruel y alado de la flecha y el carcaj?

CARRACUCA.—¿Cómo? No, no; a mí que no me hable en latín que me voy.

DEFENSOR.—(*A Carracuca.*) ¿Es sierto que amaba usté a Julia, la donseya?

CARRACUCA.—(*Avergonzado.*) Sí, señor. Pero estas cosas no son para decirlas delante de la gente.

DEFENSOR.—¿Sentía usté por eya un amor platónico, verdá?

CARRACUCA.—¿Pla?... No, no. Platónico y tazónico era por mi tía.

DEFENSOR.—(*Cortando el interrogatorio.*) Nada más.

PRESIDENTE.—Testigo de cargo Patricio López.

(*Ujier, asomándose a la primera izquierda y en voz alta.*)

UN UJIER.—¡Patricio López!

PATRICIO.—(*Por dicho lado.*) Se, se, servidor.

UN UJIER.—Aproxímese.

(*Patricio da frente al tribunal.*)

PRESIDENTE.—¿Jura el testigo o promete decir la verdad de lo que le vamos a preguntar?

PATRICIO.—Sí, se, se, señor.

PRESIDENTE.—¿Cómo se llama?

PATRICIO.—Pa, pa, pa, pa.

CARRACUCA.—(*Aparte.*) (Este es el de la noche del auto.)

PATRICIO.—Patricio Lo, Lo, López.

PRESIDENTE.—¿Edad?

PATRICIO.—Cuarenta.

PRESIDENTE.—¿Profesión?

PATRICIO.—Se, se, sereno.

PRESIDENTE.—¿Conoce usted al procesado? (*Patricio asiente con la cabeza.*) Responda de palabra.

PATRICIO.—Lo co: lo co... nozco.

PRESIDENTE.—¿Es amigo o enemigo suyo?

PATRICIO.—Na, nada.

PRESIDENTE.—Conteste a las preguntas del señor Fiscal.

FISCAL.—Con su venia, señor. (*A Patricio.*) Con objeto de hacer más fácil el interrogatorio, ¿posee el testigo algún medio de expresión a viva voz que no acentúe tanto la tartamudez?

PATRICIO.—Can, can, cantando.

FISCAL.—(*Al Presidente.*) ¿Puede emplear este medio?

PRESIDENTE.—Puede. No hay nada que lo prohiba.

FISCAL.—¿Es cierto que la noche del siete de mayo último fué usted requerido por la policía para proceder a la detención del acusado? ¿Cómo ocurrió el hecho?

PATRICIO.—(*Con música de "La Rosa del Azafrán".*) De madrugada, muy tempranito, yo paseaba por mi distrito, cuando de pronto llegó un policía, y el hombre venía corriendo que se las pelaba.

CARRACUCA.—¡Mi madre, la Herrero!

FISCAL.—¿Acompañó usted a la policía al piso primero del número 189 de la calle de Serrano, y les fué franqueada la entrada por la cocinera?

PATRICIO.—(*Sosteniendo la nota.*) Síii...

FISCAL.—¿Qué hacia el acusado cuando le sorprendieron?

PATRICIO.—(*Con música de "Si vas a París papá".*) Estaba queriendo abrir la caja de los señores y antes de llegar allí, *sentíamos* ya los golpes.

FISCAL.—Nada más.

PRESIDENTE.—La defensa.

DEFENSOR.—Con la venia. (*Al testigo.*) Ar ze entrampiyao aquí el amigo, ¿intentó hasé resistencia?

PATRICIO.—No... se... se... señor.

DEFENSOR.—Música, música. ¿Qué dijo?

PATRICIO.—(*Con música de "Los claveles".*) ¡Maldita sea mi sino, maldita sea mi suerte!...

DEFENSOR.—Me basta. (*Patricio hace mutis izquierda.*)

PRESIDENTE.—Testigo de descargo Julia Nogales.

UN UJIER.—Julia Nogales.

JULIA.—(*Por donde el testigo anterior.*) Voy, voy en seguida.

UN UJIER.—Pase por aquí. (*Al ver venir a Julia, Carracuca oculta la cara entre las manos.*)

JULIA.—(*Aproximándose a Felipe.*) ¡Felipe! ¡Pobrecito! ¡Por mí!

CARRACUCA.—(*Bajo.*) ¡Calla!

PRESIDENTE.—¿Jura la testigo o promete decir la verdad a todo lo que le vamos a preguntar?

JULIA.—Sí, sí señor.

PRESIDENTE.—¿Cómo se llama?

JULIA.—Julia Nogales Rosado.

PRESIDENTE.—¿Edad?

JULIA.—Veinticinco años.

PRESIDENTE.—¿Profesión?

JULIA.—Doncella.

PRESIDENTE.—¿Conoce usted al procesado?

JULIA.—Ya lo creo.

PRESIDENTE.—Conteste sí o no.

JULIA.—Sí.

PRESIDENTE.—¿Es amigo o enemigo?

JULIA.—Amigo.

PRESIDENTE.—Conteste a las preguntas del señor Fiscal.

FISCAL.—Con su venia, señor. (*A la testigo.*) ¿Qué clase de relaciones tenía usted con el acusado?

JULIA.—Eramos... (*Viendo que Carracuca le hace señas de que no lo diga.*) Eramos amigos, ya lo he dicho.

FISCAL.—¿Nada más?

JULIA.—Nada más.

FISCAL.—En su primera declaración dijo usted que eran novios.

CARRACUCA.—Las ganas que tenía ella, pero...

PRESIDENTE.—¡Silencio!

FISCAL.—¿Sabía usted que el acusado era el conocido espadista llamado el Señorito?

CARRACUCA.—(*Aparte.*) (¡Y dale!)

JULIA.—¿El? ¡Es el Señorito! Por Dios, no crea usté eso. Este hombre es inocente, señor Juez. (*Muy conmovida.*) Se lo juro yo que es inocente. El no quiso robar aquella noche. El Señorito..., el Señorito es otro..., es... es... (*Viendo que Carracuca le hace gestos imponiéndole silencio*), es inocente. Se lo juro.

PRESIDENTE.—Aténgase la testigo al interrogatorio del señor Fiscal.

JULIA.—¿Pues qué estoy haciendo?

FISCAL.—¿También ignoraba usted que era hombre de malas costumbres, pendenciero, bebedor y aficionado a lo ajeno?

CARRACUCA.—(*Aparte.*) (¡Este gachó la ha tomao conmigo!)

JULIA.—No, señor; no era nada de eso que usted dice. (*Carracuca la tira besos con disimulo.*)

FISCAL.—¿Sabe usted si conocía el acusado las habitaciones interiores de la casa?

JULIA.—(*A Carracuca.*) Oye, ¿las conocías? (*Carracuca dice por señas que no puede hablar.*)

FISCAL.—Es usted quién ha de responder.

JULIA.—No conocía más que la cocina.

FISCAL.—(*Dando por terminado el interrogatorio.*) Nada más.

JULIA.—Nada más, sí, señor.

DEFENSOR.—(*A Julia.*) ¿Qué opinión tiene usté de aquí, del andova?

JULIA.—Muy buena.

DEFENSOR.—¿Trató en alguna ocasión de camelarla para que le dijera dónde tenían la guita sus señores? ¿Ze lo preguntó?

JULIA.—(*Tras titubear, al Defensor.*) ¿Me lo preguntó?

DEFENSOR.—¿Se lo preguntó (*Subrayando mucho la frase.*), O bien, no se lo preguntó?

JULIA.—(*Comprendiendo.*) No me lo preguntó.

FISCAL.—Protesto de la forma extraña de interrogar que tiene el letrado.

DEFENSOR.—Mientras no me salga de la interrogación, no tiene er zeñó fiscá derecho a protesta de ninguna clase.

PRESIDENTE.—(*Al Fiscal.*) Constará su protesta.

DEFENSOR.—Dígame. ¿Podía usté apreciar en el acusado deseo de trabajá o era rearmente un pelmaso?

JULIA.—¡Qué había de ser! No, señor; el hombre quería trabajar, pero no encontraba dónde.

DEFENSOR.—Nada má.

FISCAL.—Un momento. ¿Fumaba el acusado?

JULIA.—No, señor.

FISCAL.—¿Sabe usted si jugaba a la lotería?

JULIA.—No sé.

FISCAL.—¿Quién le afeitaba?

JULIA.—¡Qué sé yo!

DEFENSOR.—Protesto de esa forma de interrogar.

FISCAL.—No créo haberme extralimitado.

PRESIDENTE.—No ha lugar a la protesta.

FISCAL.—(*A Julia.*) Nada más.

PRESIDENTE.—Puede retirarse la testigo.

JULIA.—Adiós, Felipe.

PRESIDENTE.—Retírese.

CARRACUCA.—Vete, Julia. Aquí no dejan ni saludar.

JULIA.—Ya, ya me voy. (*Llorando.*) Te juro que de buena gana estaría por ti en ese sitio. (*Se va por donde entró.*)

PRESIDENTE.—Testigo de la defensa Tomasa Fortuna.

UN UJIER.—¡Tomasa Fortuna! (*Alzando más la voz.*) La testigo Tomasa Fortuna. (*Al Presidente.*) No ha comparecido, señor.

TOMASA.—(*Por donde los otros testigos.*) ¿Cómo que no? Lo que pasa es que se ponen por medio esos atontaos que están a la puerta. ¡Pues sí qué iba yo a faltar!

PRESIDENTE.—¿Jura la testigo o promete decir verdad a lo que le vamos a preguntar?

TOMASA.—Sí, señor.

PRESIDENTE.—¿Cómo se llama?

TOMASA.—Tomasa Fortuna Pérez.

PRESIDENTE.—¿Qué edad tiene usted?

TOMASA.—¿Hace mucha falta saberlo?

PRESIDENTE.—No ha venido aquí a preguntar, sino a responder.

TOMASA.—Ya, ya me hago cargo. Yo nací el ochenta y tantos: eche usté la cuenta.

PRESIDENTE.—Qué edad tiene, pregunto.

TOMASA.—¿Pero no le digo? Pongamos que fué el ochenta y

cuatro. Al treinta y dos van... (*Contando con los dedos.*) ¡Treinta años!... ¡Hombre, ya podían ustedes saber de cuentas!

PRESIDENTE.—Advierto a la testigo que no se olvide del respeto que se debe al tribunal.

TOMASA.—¿Pero he faltao?

PRESIDENTE.—¿Cuál es su profesión?

TOMASA.—Cocinera, pa servirle.

PRESIDENTE.—¿Conoce usted al acusado?

TOMASA.—Es mi sobrino.

PRESIDENTE.—Conteste a las preguntas del señor Fiscal.

TOMASA.—Un momentito; con licencia. (*A Carracuca, sacando del bolsillo un pequeño envoltorio.*) Te traigo aquí unos filetes empanaos de la cena de anoche y me se va a olvidar dártelos.

PRESIDENTE.—(*Agitando furiosamente la campanilla.*) Repórtese la testigo.

TOMASA.—(*Sobrecogida.*) ¿Qué pasa?

PRESIDENTE.—(*Volviendo a tocar.*) Guárdese eso y preste declaración.

TOMASA.—Bueno, bueno. (*Aparte.*) (¡Señores, cómo se le ha puesto la campanilla en cuanto ha visto los filetes!)

FISCAL.—¿Estaba usted enterada de la vida que hacía su sobrino?

TOMASA.—Sí, señor.

FISCAL.—¿Qué vida hacía?

TOMASA.—De *ispetor* de *fachás*.

FISCAL.—Explique usted eso.

TOMASA.—De paseante en cortes, señor, de los que van mirando a la acera de enfrente. (*Aparte.*) (¡Pero qué guiños más graciosos hace este hombre!)

FISCAL.—¿Sospechó usted alguna vez que su sobrino fuera el Señorito?

TOMASA.—¿Cómo lo voy a sospechar, si no lo es?

FISCAL.—Nada más.

PRESIDENTE.—La defensa.

DEFENSOR.—¿Es sierto que zu zobrino ha sio siempre un gachó enamoradiso?

TOMASA.—Sí, señor.

DEFENSOR.—¡Olé!

TOMASA.—¡Olé! (*Aparte.*) (Este hombre tiene otro aquel preguntando.

DEFENSOR.—¿Le consta a usté que estaba colao hasta los huezos por la donseya Julia?

TOMASA.—Me costa.

DEFENSOR.—(*Terminando el interrogatorio.*) Me basta.

TOMASA.—Y a mí.

PRESIDENTE.—Puede retirarse la testigo.

TOMASA.—No te apures, que estos señores tienen *concencia.*

PRESIDENTE.—(*Al Ujier.*) Haga salir a la testigo.

TOMASA.—(*Haciendo mutis por donde entró.*) Ya, ya me voy. Aquí no se pue una mover. ¡Mi madre! ¡Y luego multan si no se viene!

PRESIDENTE.—Terminadas las pruebas, ¿las partes las elevan a definitivas o modifican sus conclusiones?

FISCAL.—El fiscal las eleva a definitivas, señor.

DEFENSOR.—La defensa lo mismo, señor.

PRESIDENTE.—El fiscal tiene la palabra en apoyo de sus conclusiones.

FISCAL.—Con su venia, señor. (*Al Jurado.*) Señores del Tribunal. Me levanto a acusar sin que el cumplimiento de la Justicia precise en esta causa de los deberes de mi intervención. Es un caso el presente tan claro, tan comprobado, tan... tan... tan... tan...

(*Se corre una cortina que cubre la escena a excepción del primer término con las puertas laterales.*)

JULIA.—(*Por la izquierda, seguida de Tomasa.*) ¡Ay, Tomasa, que lo van a condenar!

TOMASA.—¡Calla, que todavía falta el defensor, y ése es más flamenco que Bergamín!

JULIA.—Es que si lo condenan yo hablo.

TOMASA.—¡Toma, y yo grito! ¿Tú crees que ese guiñante que la ha tomao con él se va a quedar sin oírme? Ya le cogeré yo en un sitio donde no haya campanilla.

JULIA.—No hemos debido callar. Mi hermano está lejos de Madrid, no corre peligro.

TOMASA.—Sí, sí; ¡cualquiera hablaba; cualquiera liaba más las cosas! Acuérdate de que nos querían ofrecer el banquito.

JULIA.—Es verdad; he tenido miedo.

TOMASA.—Como que faltó poco para que nos tomaran por cómplizas. ¡Excuso decirte! Ahora diría ese tío que yo tengo una cuadrilla y que soy señorita. (*Escuchando.*) ¡A ver!

JULIA.—¡Calla, que va a hablar el defensor. (*Mutis izquierda. Se corre la cortina.*)

DEFENSOR.—Con la venia. Señores del Jurado: Eze pobre hombre que ze zienta en er banquiyo es un se más inosente que el inventó de los Reyes Mago. ¿Qué dise er señó Fiscal que es er Zeñorito? Bueno, pues lo e, no importa; yo voy más lejos. ¿Qué delincuensia se le puede probá ar Zeñorito? Justiniano lo dise: "*Si ubérrima vate, uquecuaque fantasmate*", o séase: No se le puede probá na ar que no existe. Afirma la acusación que mi defendido ha observao siempre mala conducta, que vivía de balde, y esa es una afirmasió gratuita. ¿Pero qué quiere el señó Fiscá, que mi

defendido sea un granuja? Pues lo es, no me importa. Pa el seño Fiscá las dos gorda. Mi defendido, señore de la sala, era ante todo un amadó. ¿Puede ser esta cualidá un delito? La Humanidá ha enaltesido siempre a sus grandes amadore, desde Romeo hasta Amadó de los Río. Ya lo dijo Vespaziano. *Si va piano va lontano estavitate séculam.* Basta mirá ese rostro para convenserse. ¿No es el de un se ennoblesido por el más puro de los sentimiento? Ojos de mirá dulse, sonrisa bondadosa, narí voluptuosa...

CARRACUCA.—¡Que me da vergüenza!

DEFENSOR.—Nos ha confesao que amaba a Julia la donseya. ¡Olé los hombre de un buen gusto!; pero yo voy más lejo: la amaba y era correspondido.

CARRACUCA.—(*Aparte.*) (Ya se chivó.)

DEFENSOR.—¿Qué clase de relasione eran esta? Por lo que ha dejado adiviná el acusado no pasaban de sé de las de préstame er pañuelo, pero a mí me *costa,* señores, que estas relasione eran íntima.

CARRACUCA.—(*Aparte.*) (¿Cómo?) ¡No, no! ¡Eso no es verdá!

PRESIDENTE.—¡Silencio!

DEFENSOR.—Vean, vean patente la cabayerosidá del acusado. ¡Lo niega! Pero yo voy más lejo: Mi defendido iba a ser padre.

CARRACUCA.—(*Aparte.*) (¡Atiza!)

DEFENSOR.—¿Es estraño que a esta idea *en globo* de la paternidá y no contando por su estremada pobresa ni con un bizcocho que ofresé al futuro vástago, es estraño, repito, que pensara en las "maría""? Este pobre marti quiso robá, ¡sí!, yo también lo digo; quiso robá por su hijo y por una mujer. Por una mujé se pierde en er mundo cuanto hay que perdé. Ya lo dijo Salustiano, creo que con música. (*Bebe.*)

JULIA.—(*Asomando la cabeza por la izquierda.*) ¿Pero quién ha nombrado este abogao, Tomasa?

TOMASA.—(*Idem.*) No sé. Creo que es de oficio.

JULIA.—¡Ya decía yo que no podía ser de carrera!

DEFENSOR.—En fin, señore der Jurado, no voy a pedí clemensia pa mi defendido; justisia nada má. Un hombre como ése no se puede conformá sólo con la clemensia, sin viví con la esperansa de que se le haga justisia. He dicho.

PRESIDENTE.—¡Procesado, en pie! ¿Tiene usté algo que añadir a lo manifestado por su defensa!

CARRACUCA.—(*Levantándose.*) Sí, se... se... señor. (*Aparte.*) (¡A que voy a tener que arrancarme cantando.) (*Alto.*) Es pa defenderme del defensor. Yo no sé si me saldrá lo que quiero decir, porque no he hablao en público más que una vez, y fué pa vender naranjas. Pero yo no soy culpable, que coste. A mí me detuvieron por una sospecha; porque me vieron con una herramienta en la mano andando en la caja. ¿Pero no podía estarla arreglando? Lo

què pasa ès que aquí crèen à to el mundo menòs al que sè sienta en el banquillo. Pero ni yo entré allí por la "maría", ni la Julia va a ser madre, ni este señor sabe defender más que amas de cría, ni le está bien la toca, ni...

PRESIDENTE.—(*Agitando la campanilla.*) No olvide el acusado el respeto que debe a la sala.

CARRACUCA.—Yo del local no he dicho ni jota. Pero si molesto me callo. (*Se sienta.*)

PRESIDENTE.—Señores: Ya han oído ustedes las manifestaciones.

EL SEÑORITO.—(*Adelantándose en este momento desde el final de la sala.*) Pido al Tribunal que me escuche; tengo algo muy importante que decir al Tribunal.

JULIA.—(*Por la izquierda, seguida de Tomasa.*) ¿Enrique? ¿Qué vas a hacer?

TOMASA.—¿Pero, está loco?

PRESIDENTE.—¿Quién es usted?

EL SEÑORITO.—El Señorito.

PRESIDENTE.—¡Eh!

EL SEÑORITO.—Enrique Nogales, alias el Señorito; hermano de Julia, la doncella.

PRESIDENTE.—¿Qué es lo que le obliga a presentarse?

EL SEÑORITO.—La honra de mi hermana y la inocencia de este hombre.

CARRACUCA.—¿Por mí?... ¿Por mí?... ¿Pero quién soy yo para que tú te pierdas?

EL SEÑORITO.—Un hombre de corazón que ha sabido recordarme que yo también lo tengo.

PRESIDENTE.—En nombre de la Ley, queda usted detenido.

EL SEÑORITO.—No deseo otra cosa.

JULIA.—(*Que se ha aproximado a Enrique, en unión de Tomasa, y trata de dominar el llanto.*) ¡Enrique!

EL SEÑORITO.—(*Abrazándola.*) ¡No llores!

JULIA.—Es más de alegría que de pena; es que ahora te veo como yo quería que fuese mi hermano.

TOMASA.—(*Haciéndole un cariño.*) ¡Si no tengo más remedio que estar loca por ti, ladrón!

CARRACUCA.—(*Al Señorito.*) No has debido hacer esto.

JULIA.—(*Mirando a Carracuca con cariño y estrechando su mano.*) Si lo ha debido hacer.

TOMASA.—Sí, señor; yo también lo digo, aunque tenga que esperar una perpetua pa casarme.

PRESIDENTE.—¡Llévenselos! (*Agitando la campanilla.*) ¡Se suspende la vista! (*Se aproximan a ellos dos ujieres y los conducen hacia la izquierda.*)

CARRACUCA.—Bueno, pues hasta... *otra vista.*

TELON

53.—El cadáver viviente, de L. Tolstoi
54.—El deseo, de Luis F. Ardavín.
55.—Cuento de amor, de Jacinto Benavente, y Sonata, de Viu.
56.—¡Más que Paulino...!, de González del Castillo y M. Alonso.
57.—Un alto en el camino, de El Pastor Poeta.
58.—Cuerdo amor, amo y señor, de Avelino Artís.
59.—¡No quiero, no quiero!..., de Jacinto Benavente.
60.—La atropellaplatos, de Paso y Estremera.
61.—El burlador de Sevilla, de Francisco Villaespesa.
62.—Las adelfas, de Manuel y Antonio Machado.
63.—Lola y Lolo, de José Fernández del Villar.
64.—El automóvil del rey, de Cadenas y Gutiérrez-Roig.
65.—Mi hermana Genoveva, de Cadenas y Gutiérrez-Roig.
66.—Raquel y el náufrago, de Honorio Maura.
67.—La maja, de Luis F. Ardavín
68.—El rosal de las tres rosas, de Manuel Linares Rivas.
69.—La tatarabuela, de Cadenas y González del Castillo.
70.—El último lord, de Hugo Falena.
71.—Cuento de hadas, de H, Maura
72.—¡Un millón!, de Pedro Muñoz Seca y Pedro Pérez Fernández.
73.—Oro molido, de Federico Oliver.
74.—De la Habana ha venido un barco..., de Paso y Estremera.
75.—Las hilanderas, de F. Oliver.
76.—Hilos de araña, de Manuel Linares Rivas.
77.—¡Mira qué bonita era...!, de Francisco Ramos de Castro.
78.—Cuento de aldea, de Luis Fernández Ardavín.
79.—Una mano suave, de Alberto Insúa y Tomás Borrás.
80.—¿Quién te quiere a ti?, de Luis de Vargas.
81.—¡Al escampío!, de El P. Poeta.
82.—Lo imprevisto, de F. de Viu.
83.—El club de los chiflados, de Cadenas y Gutiérrez-Roig.
84.—La santa, de Luis Fernández Ardavín y Valentín de Pedro.
85.—Los claveles, de Sevilla y Carreño.
86.—El solar de mediacapa, de Carlos Arniches.
87.—El sofá, la radio, el peque hija de Palomeque, de Pedro ñoz Seca y Pedro Pérez Fernán
88.—El rosario, de Florencia L. clay y A. Bisson.
89.—La dama del antifaz, de Ch Meré, traducción de C. de Ca
90.—Noche de cabaret, de Ant Paso y Antonio Estremera.
91.—La prisionera, de Bourdet, ducción de Cadenas y G.-Roig
92.—Una farsa en el castillo, de nar, traducción de Lepina.
93.—¿Qué tienes en la mirada? Muñoz Seca y Pérez Fernánd
94.—Pepa Doncel, de J. Benaven
95.—El fantasma de Canterville, Oscar Wilde.
96.—La casa de la troya, de Lin Rivas y Pérez Lugín.
97.—La niña de plata, de Lope Vega, refundición de Antoni Manuel Machado.
98.—Napoleón en la luna, de N rro y Sáez.
99.—Adán y Eva, de Pilar Mi Astray.
100.—La dama del mar, de Ib versión española de Cristóbal Castro.
101.—Romance, adaptación espa de A. Fernández Lepina.
102.—El Abolengo, de Manuel Li Rivas, y Dúo, de Paulino M
103.—Amo a una actriz, de Ladi Fodor, traducción de Enrique Rosas.
104.—Para el cielo y los altares, Jacinto Benavente.
105.—Don Floripondio, de Luis Vargas.
106.—El cardenal, de Luis N. ker, adaptado a la escena esp la por Manuel Linares Riva Federico Reparaz.
108.—La araña de oro, de Orsl Brentano, versión castellana Cadenas y Gutiérrez-Roig.
109.—La Loba, de Ceferino R. cilla y Manuel Merino.
110.—¡Atrévete, Susana!, de Lad Fodor. traducida del húngaro Tomás Borrás y Andrés Ré
111.—El difunto era mayor, de Manzano Mancebo.
112.—Han matado a don Juan, Federico Oliver.
113.—Sixto Sexto, de Antonio y Antonio Estremera.

-La Lola se va a los puertos..., M. y A. Machado.
-¡Maldita sea mi cara!, de Mag- Donato y Antonio Paso.
-Lo que Dios dispone, de Muñoz ca.
-Para ti es el mundo, de Carlos niches.
-Oriente y Occidente, de W. So- rset Maugham.
-Estudiantes y Modistillas, de ntonio Casero.
-Volpone, de Ben Jonson.
-El alfiler, de Pedro Muñoz Seca.
-Ser o no ser, de Rafael López Haro.
-María Victoria, de Manuel Li- res Rivas.
-El gato y el canario, de John illard, traducida por José Luis lado y F. Pérez de la Vega.
-La aventura de Irene, de Ca- nas y Gutiérrez-Roig.
-¿Qué da usted por el Conde?, Antonio Paso y Emilio Sáez.
-Maya, de Simón Gantillón, tra- cción de Azorín.
-El negro que tenía el alma anca, de Insúa y Oliver.
-Ella o el diablo, de Rafael Ló- z de Haro.
-El Cuatrigémino, de Muñoz Se- y Pérez Fernández.
-Los Tres Mosqueteros, de Ar- vín y Valentín de Pedro.
-Cuando empieza la vida, de Li- res Rivas.
-¡La condesa está triste!..., de rlos Arniches.
-Manos de plata, de Francisc rrano Anguita.
-De cuarenta para arriba..., de F. Lepina y R. G. del Toro
-Fabiola o los Mártires cristia- s, de Tomás Borrás y Valentín Pedro.
-Peleles, de Francisco de Viu.
-Anfisa, de Leónidas Andreiev
-El protagonista de la virtud, Manuel D. Benavides.
-El ruiseñor de la huerta, d Pastor Poeta.
-¡Contente, Clemente!, de An- nio Paso.
-El alma de la aldea, de Lina- s Rivas y Méndez de la Torre.
-El millonario y la bailarina, Pilar Millán Astray.
-La hija de Juan Simón, de José María Granada y Nemesio M. Sobrevila.

145.—El condenado por desconfiado, de Tirso de Molina, arreglo de los hermanos Machado.
146.—La educación de los padres, de José Fernández del Villar.
147.—La mala memoria, de Abati y y García Alvarez, y La cizaña, de Linares Rivas.
148.—La rosa del azafrán, de Romero y Fernández Shaw.
149.—Shanghay, de John Colton, traducción de A. Mori.
150.—Satanelo, de Pedro Muñoz Seca.
151.—Casanova, de Loran Orbock, traducción de F. de Viu.
152.—Seis pesetas, de Luis de Vargas.
153.—La sombra, de Darío Niccodemi.
154.—Los pollos "cañón", de José Fernández del Villar.
155.—La mar y sus peces, de Antonio Paso y Emilio Sáez.
156.—La mujer desnuda, de Henri Bataille, traducción de Tulio Sarce.
157.—La Cárcel Modelo, de Carlos Arniches y Joaquín Abati.
158.—Trianerías, de Muñoz Seca y Pérez Fernández.
159.—El séptimo cielo, de A. Strong, traducción de A. F. de Madrid.
160.—Olimpia, de Franz Molnar, traducción de T. Borrás y A. Révèsz.
161.—Papá Gutiérrez, de Francisco Serrano Anguita.
162.—El crimen de Juan Anderson, de Annie Wisse, adaptación de G. Olmedilla e Ignacio Rodríguez Grahit.
163.—"K-29", de López de Haro y Gómez de Miguel.
164.—La espada del hidalgo, de Luis Fernández Ardavín.
165.—Don Esperpento, de Joaquín Abati y Valentín de Pedro.
166.—La danzarina roja, de Hirsh, traducción de Lepina y Burgos.
167.—Siegfried, de Jean Giraudoux, traducción de Díez-Canedo.
168.—La calle, de Elmer L. Rice, traducción de Juan Chabás
169.—El tonto más tonto de todos los tontos, de A. Paso y T. Borrás.
170.—El amante de Madame Vidal, de Luis Verneuil.
171.—La Perulera, de Muñoz Seca y Pérez Fernández.
172.—¡Cásate con mi mujer!, de La-

dislao Fodor, adaptación española de Tomás Borrás.

173.—**Me lo daba el corazón**, de Honorio Maura.

174.—**La vieja rica**, de Fernández del Villar.

175.—**Pirueta**, de F. de la Milla.

176.—**La Maricastaña**, de F. Sassone.

177.—**¡Viva Alcorcón, que es mi pueblo!**, de Ramos de Castro y Carreño

178.—**El señor Badanas**, de Arniches.

179.—**La condesita y su bailarín**, de Honorio Maura.

180.—**Monte de abrojos**, de José Castellón.

181.—**Adán, o el drama empieza mañana**, de Felipe Sassone.

182.—**Los Chamarileros**, de Arniches Abati y Lucio.

183.—**El alma de Corcho**, de Muñoz Seca y Pérez Fernández.

184.—**Han cerrado el portal**, de Ardavín.

185.—**Tierra en los ojos**, de Serrano Anguita.

186.—**El hombre que se deja querer**, de Bernard Shaw.

187.—**Tómame en serio**, de A. Paso

188.—**La noche loca**, de H. Maura.

189.—**Mari-Bel**, de Coello de Portugal.

190.—**El cuento del lobo**, de Molnar.

191.—**Proa al sol**, de Angel Lázaro.

192.—**El Padre Alcalde**, de Muñoz Seca.

193.—**La prima Fernanda**, de Manuel y Antonio Machado.

194.—**Los amores de la Nati**, de Pilar Millán Astray.

195.—**Doña Herodes**, de A. Paso.

196.—**Margarita, Armando y su padre** de Enrique Jardiel Poncela.

197.—**La de los claveles dobles**, de Luis de Vargas.

198.—**La Guapa**, de J. M. Granada y Téllez Moreno.

199.—**La Academia**, de García Alvarez y Muñoz Seca.

200.—**Di que eres tú**, de Antonio Paso y Juan Chacón.

201.—**Mi casa es un infierno**, de José Fernández del Villar.

202.—**La reina castiza**, de don Ramón del Valle-Inclán.

203.—**¡Que trabaje Rita!**, de Antonio Estremera y R. García Valdés.

204.—**¡No seas embustera!**, de Molnar, adaptación de Francisco Serrano Anguita y Andrés Révèsz.

205.—**Las pobrecitas mujeres**, de L de Vargas.

206.—**El perro del hortelano**, de Lo de Vega, refundición de Manuel Antonio Machado.

207.—**¡Un momento!**, de F. Sasso

208.—**Las doctoras**, de Eduardo Ha

209.—**Los Reyes Católicos**, de J Fernández del Villar.

210.—**La niña de la bola**, de Lea dro Navarro.

211.—**El tío catorce**, de Pedro Pé Fernández.

212.—**Una conquista difícil**, de Ra López de Haro.

213.—**El chófer**, de Antonio Paso Tomás Borrás.

214.—**La culpa es de Calderón**, Leandro Blanco y Alfonso Lape

215.—**Como los propios ángeles**, Juan G. Olmedilla y A. Muñiz.

216.—**Una gran señora**, de Enri Suárez de Deza.

217.—**La marimandona**, de José R mos Martín.

218.—**El embrujado**, de don Ram del Valle Inclán.

219.—**Todo Madrid lo sabía...**, de M nuel Linares Rivas.

220.—**Don Juan José Tenorio**, de S va Aramburu y Enrique Paso.

221.—**La culpa es de ellos**, de A gusto Martínez Olmedilla.

222.—**Entre todas las mujeres**, Francisco Serrano Anguita.

223.—**Vivir de ilusiones**, de Arnich

224.—**Los pistoleros**, de F. Oliver.

225.—**La fuga de Bach**, de José F nández del Villar.

226.—**Las llamas del convento**, de L Fernández Ardavín.

227.—**Las víctimas de Chevalier**, Antonio Paso.

228.—**¡Todo para ti!**, de Pedro M ñoz Seca.

229.—**María, o la hija de un tende** de Antonio Fernández Lepina.

230.—**Jaramago**, de Jorge y José la Cueva.

231.—**La marchosa**, de Carreño y S púlveda.

232.—**La mujer del día**, traducción Gutiérrez Roig.

233.—**La hija del tabernero**, de A gel Lázaro.

234.—**¡A divorciarse tocan!**, de C pella y Lucio.

235.—**Carracuca**, de Luis Fernánd de Sevilla.

TEATRO ESCOGIDO

CARLOS ARNICHES

Tomo Primero

La chica del gato.

El señor Adrián, el primo, o qué malo es ser bueno.

Las estrellas.

PRÓLOGO DE JOSE CARNER

Tomo Segundo

Es mi hombre.

La señorita de Trevelez.

Los milagros del jornal.

PRÓLOGO DE RAMON PEREZ DE AYALA.

EDITORIAL ESTAMPA
Paseo de S. Vicente, 18
M A D R I D

RIVADENEYRA (S. A.). — MADRI[D]